

5. Los sucesos de 1932: ¿Complot comunista, motín indígena o protesta subalterna? Una revisión historiográfica¹

Rolando Vásquez Ruiz²

Resumen

El trabajo desarrollará un análisis historiográfico panorámico de la bibliografía que se ha escrito acerca del levantamiento de 1932 en El Salvador. Se intentará reconstruir el recorrido histórico o la «historia de la historiografía»³ de la rebelión, sus etapas historiográficas, sus periodos de vitalidad, los tiempos inerciales, etc. Para tal fin, el ensayo se ha dividido en cuatro momentos historiográficos. Dando inicio con la producción bibliográfica que se elaboró el mismo año de la revuelta en 1932, hasta 1956; rastreando el surgimiento, desarrollo y consolidación de la versión anticomunista gubernamental o “leyenda negra”. En seguida se presentan los planteamientos, interpretaciones y debates dominantes entre los años de 1957 a 1972. A continuación, se examina concisamente la historiografía que se elaboró durante la preguerra y la “década perdida”, de 1973 a 1990. Y para finalizar, se estudian las obras de la «nueva historiografía profesional» desde 1991 hasta el 2011. Uno de los hilos conductores que guía el ensayo se refiere a las principales denominaciones que se le han dado a la insurrección, llámese: rebelión o complot comunista, motín indígena, alzamiento campesino, levantamiento popular espontáneo, cruce o combinación de revueltas, protesta social subalterna, etc.

Palabras clave: historiografía de la rebelión de 1932, historia de la historiografía sobre la rebelión de 1932, historiografía salvadoreña de izquierdas, nueva historiografía profesional salvadoreña.

Introducción

Entre los días del 22 y 23 de enero de 1932, bandas de indígenas y algunos ladinos armados con machetes, cuchillos, garrotes y algunos rifles invadían los poblados occidentales de Juayúa, Nahuizalco, Izalco, Sonzacate, Salcoatitán ubicados en el Departamento de Sonsonate. Así como Colón, Los Amates, Tepecoyo, Teotepeque, Jayaque y Santa Tecla del Departamento de La Libertad. Igualmente las ciudades de Tacuba y Ataco en Ahuachapán. Y la capital de San Salvador y esporádicamente en Santa Ana.

En la noche del 22 de enero, los rebeldes se lanzaron al ataque tomando por asalto la oficina del telégrafo, saquearon algunas tiendas y farmacias.

En la mayoría de los lugares atacados quemaron la alcaldía municipal, las oficinas de telégrafos y el puesto de la guardia o comandancia local.

Estos hechos históricos han seducido tanto a los investigadores nacionales como a los mismos extranjeros, la vasta bibliografía alrededor del tema corrobora esa afirmación. Si se elaborara una clasificación de los temas más trabajados en la historiografía salvadoreña entre 1960 y 2011, sin lugar a dudas, los eventos de inicios de los años treinta ocuparían uno de los primeros lugares. Es necesario preguntarse, cual es el motivo por el que ese tema atrae tanto a propios como a extraños, una de las razones principales es que los eventos son un hito en la historia salvadoreña del siglo XX, abren un ciclo histórico que se cerraría en alguna medida en 1992. Los sucesos de 1932, desde una lectura marxista significarían una síntesis dialéctica de contradicciones estructurales y coyunturales acumuladas que se expresaron en el movimiento insurreccional de ese año. Ya sea que se le analice desde el plano económico, político, social y cultural; en cualquier caso, se descubrirá la misma complejidad y riqueza histórica que representa para los investigadores. Es por esa razón, que el tema ha gastado mucha tinta de historiadores, sociólogos, abogados, literatos, politólogos, antropólogos y economistas.

Al hacer una revisión bibliográfica un tanto exhaustiva, se puede comprobar que los escritos sobre el tema son abundantes y heterogéneos. Abarcando desde obras específicas, referencias pasajeras y textos que tratan el asunto de forma colateral. La bibliografía alrededor del levantamiento cubre desde estudios políticos, económicos, sociológicos, diplomáticos, biográficos, culturales, literarios, historiográficos, antropológicos, etc. Del mismo modo, las temáticas exploradas han sido diversas desde la misma rebelión, represión y masacre; la crisis de 1929 y sus efectos económicos, el golpe de Estado de 1931, el desarrollo del movimiento obrero en los años veinte, la movilización rural entre 1929-1931, la historia del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), la falta de reconocimiento internacional del gobierno de Martínez, biografías políticas y un tanto apologéticas de protagonistas como Farabundo Martí, Maximiliano Hernández Martínez y Miguel Mármol. La dictadura martinista en sí, la prensa salvadoreña de la época, el anticomunismo y nacionalismo de la derecha salvadoreña, la política cultural del martinato, las secuelas inmediatas de la rebelión, las cofradías indígenas del occidente, estudios literarios y de historia intelectual. Así como trabajos de historia oral y memoria histórica entre otros, para tener una visión panorámica de la producción que se ha

escrito alrededor del levantamiento de 1932, se recomienda revisar la bibliografía al final del ensayo historiográfico.

El artículo tiene la finalidad de realizar un análisis historiográfico general relacionado con la bibliografía escrita en torno al movimiento insurreccional de 1932. Otro de los propósitos medulares del trabajo es examinar aspectos historiográficos fundamentales como: las diversas interpretaciones,⁴ temáticas, enfoques teóricos, metodología y fuentes que han sido utilizadas por los investigadores. Dado que la bibliografía del tema es cuantiosa, por tal motivo, y como estrategia metodológica se propone trabajar el balance historiográfico desde cuatro períodos, buscando hacer un análisis un tanto pormenorizado. La periodización propuesta, puede ser un tanto útil para el estudio de la historiografía salvadoreña en general, pero más específicamente la que se ha elaborado desde la segunda mitad del siglo XX, hasta la actualidad. Es pertinente dejar aclarado que hubiera sido más adecuado trabajar el recuento historiográfico a partir de ejes temáticos, como lo propone la metodología de investigación historiográfica,⁵ y no por periodos, aunque en lo posible se ha tratado de hacer una combinación de ambas.

El estudio historiográfico comprenderá cuatro apartados. El primero, describe los trabajos iniciales que se publicaron sobre el tema entre 1932 y 1956, concretamente se tratará la génesis de la llamada “leyenda negra”. En la segunda parte, se analizarán los planteamientos e interpretaciones como: el complot comunista, la provocación martinista y la estrategia política equivocada. Versiones hegemónicas en la producción académica de los años comprendidos entre 1957 a 1972. La tercera parte, explora panorámicamente la bibliografía que se produjo entre los años de 1973 hasta 1990, subrayando los acuerdos y desacuerdos que privaban entre los autores que escribieron sobre el tema. En el último apartado, se abordarán los estudios procedentes de la nueva historiografía profesional o historiografía revisionista postmoderna, desde 1991 hasta el 2011. Para la elaboración del trabajo, han sido de gran utilidad los análisis historiográficos que aparecen en los textos: *La rebelión campesina de 1932 en El Salvador* de Héctor Pérez Brignoli (2001);⁶ *Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932*; de Erick Ching (2007)⁷ y *1932, Rebelión en la oscuridad* de Jeffrey Gould y Aldo Lauria-Santiago (2008).⁸

5.1 Del surgimiento a la consolidación de la “leyenda negra” (1932-1956)

El primer momento historiográfico, se inicia con las primeras publicaciones que se hicieron el mismo año de la rebelión y finaliza alrededor de 1956. Pero antes de continuar se debe aclarar lo que se entenderá por “leyenda negra”. Cuando el historiador Thomas Anderson realizaba su investigación hacia finales de los años sesenta, habían transcurrido más o menos tres décadas desde la fecha de la revuelta. De alguna manera, el autor pudo captar la fuerte distorsión y manipulación política que presentaba la memoria colectiva o memoria social histórica⁹ de los sucesos de 1932. En palabras de Anderson,

“El recuerdo del levantamiento es la causa del temor anticomunista casi paranoico que se ha apoderado de la nación desde entonces. Dicho temor se expresa en la acusación de comunista que se lanza contra cualquier movimiento de reforma, por más modesto que sea. Tal vez se manifiesta mejor en el hecho de que, a partir de 1932, todos los presidentes o jefes de Estado que ha tenido el país han sido militares. El complejo laberinto político de El Salvador únicamente se puede explicar en función de la experiencia traumática de la insurrección y la matanza [...] los gobernantes militares han tratado deliberadamente de ocultar ante el pueblo la verdadera naturaleza de los sucesos ocurridos ese año. Han promovido la falsa leyenda de una turba sedienta de sangre que asesinó a millares de ciudadanos de clase media, y de un ejército heroico que con gran esfuerzo logró contener la ola bárbara. Poco se ha escrito de la rebelión, además de la propaganda”.¹⁰

Luego agregaba sobre las fuentes primarias de investigación: “la Biblioteca Nacional ha sido purgada hasta de los periódicos que cubrieron el periodo de la rebelión. Los archivos gubernamentales se han «perdido» convenientemente”.¹¹

Los orígenes de la propaganda política y posición ideológica anticomunista de la derecha conservadora salvadoreña y la guatemalteca están un tanto relacionados a raíz de los sucesos de 1932. Según relata Carlos Figueroa Ibarra, desde mediados de enero de 1932, la prensa guatemalteca había dado a conocer la noticia del “complot comunista”, que tendría como objetivo principal la caída del dictador Jorge Ubico. Publicistas anticomunistas como Federico Hernández de León, Alfredo Schlesinger y David Vela, participaron en una campaña montada en

la prensa guatemalteca, que vinculaba al “complot comunista” de ese país con la revuelta salvadoreña. Los relatos periodísticos de turbas enloquecidas que realizaban matanzas en suelo salvadoreño crearon las condiciones para una campaña propagandística de carácter terrorista y anticomunista.¹²

Por lo antes referido no resulta extraño que uno de los primeros escritos que presenta una posición manifiestamente anticomunista le pertenezca al escritor judío-guatemalteco, Alfredo Schlesinger: *La verdad sobre el comunismo. Contribución a la defensa social* (1932). Este libro fue publicado inicialmente como una serie de artículos en el periódico guatemalteco *El Liberal Progresista*. Se debe tener presente que este libelista era familiar de Jorge Schlesinger. El siguiente párrafo de su texto da cuenta de su propaganda anticomunista:

“Centro América debe unirse en la lucha contra el más implacable de sus enemigos, contra el comunismo: en esta guerra de exterminio no debe haber conmiseración ni clemencia, hasta extirpar el último germen del cáncer social que amenaza destruir nuestra vida colectiva y relajarnos a la promiscuidad moral, intelectual y cultural. La propaganda contra el comunismo es un deber de patriotismo y la lucha contra su avance, la intuición natural del instinto de conservación...”¹³

En varios pasajes del libro, el autor no esconde su manifiesto punto de vista anticomunista y su defensa del sistema liberal. Según una noticia periodística aparecida en *La Prensa* (hoy *La Prensa Gráfica*, con fecha del 13 de julio de 1932),¹⁴ el gobierno de Hernández Martínez le proporcionó a Alfredo Schlesinger y al periodista guatemalteco Clemente Marroquín Rojas¹⁵ la documentación recabada por la policía sobre los eventos de 1932, comprometiéndose ambos escritores a publicar un libro en inglés, en donde hablarían de forma encomiástica del nuevo gobierno de facto. Es muy probable que con ese texto, Martínez buscara la aprobación de los diversos gobiernos extranjeros, pero especialmente del norteamericano. En buena medida lo que estaba de fondo era el asunto del reconocimiento y aceptación internacional de su régimen inconstitucional.¹⁶ El gobierno de Martínez fue reconocido oficialmente a nivel internacional por los países centroamericanos y Estados Unidos hasta enero de 1934.

Según relata Clemente Marroquín Rojas en sus memorias, su amigo Alfredo Schlesinger le confeso que el dictador Jorge Ubico, le delegó hacer un estudio del movimiento comunista que recientemente había

sido dismantelado en tierras salvadoreñas. Además, recordaba el escritor guatemalteco que el gobierno martinista puso a disposición de Schlesinger todos los archivos incautados a los comunistas salvadoreños. Así es como Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger, fueron los encargados de elaborar un libro relacionado con los sucesos de 1932, para lo cual viajaron a Cuba para poderlo editar, pero no pudieron lograr el objetivo y el libro quedó malogrado.¹⁷ Años más tarde, todo ese material documental le serviría al escritor anticomunista Jorge Schlesinger para elaborar su obra.

Pero el escrito que inaugura en nuestro país la construcción de la “leyenda negra” de 1932, es el trabajo periodístico de Joaquín Méndez: *Los sucesos comunistas en El Salvador* (1932). A lo largo de todo su relato el escritor no oculta su fuerte posición anticomunista como se deduce de las siguientes líneas:

“La capital se llenaba de versiones contradictorias... Y tanto aquí, como en el extranjero, no podía apreciarse en su justa magnitud la obra devastadora que realizó la masa indígena excitada por los agitadores comunistas... Había qué escuchar de labios de quienes sufrieron los rigores de la invasión roja, la relación verídica de los acontecimientos... se realizó el viaje, recorriendo las mismas rutas por donde pasaron las falanges terroristas, haciendo alto en las poblaciones donde sentaron sus reales por el efímero plazo de algunas horas, y en donde dejaron como las huestes de Atila, una huella imborrable de su paso”.¹⁸

Otras versiones similares a las de Joaquín Méndez son los trabajos del militar José Tomás Calderón: *Breve reseña histórica del comunismo en El Salvador* (1942). Se debe decir que la historiografía escrita por militares al abordar el movimiento revolucionario de 1932, siguen en términos generales la explicación de la conspiración comunista. Igualmente, las noticias de la prensa salvadoreña aparecidas después de la rebelión están cargadas con el mismo estilo narrativo anticomunista.¹⁹ En este sentido, la prensa escrita de ideología liberal y afin con los gobiernos de derechas, han contribuido fuertemente desde el inicio hasta la actualidad a la difusión de la “leyenda negra” de 1932. Esto queda bien demostrado por el historiador Héctor Lindo en su artículo sobre las *Políticas de la memoria* (2004).²⁰

Por su lado, el libro de Jorge Schlesinger, *Revolución comunista. ¿Guatemala en peligro?* (1946). Surge según Miguel Mármol como parte de la campaña anticomunista lanzada contra los comunistas

salvadoreños que se hallaban desterrados en Guatemala, y que tuvieron notoria participación en la política sindical guatemalteca entre 1945 hasta la caída de Jacobo Arbenz en 1954. Estos exiliados fundaron y dirigieron la *Escuela Claridad*, que fue un centro de educación política y sindical donde se aglutinaron los cuadros revolucionarios guatemaltecos más avanzados. Entre los fundadores salvadoreños se pueden mencionar a: Virgilio Guerra, Daniel Castañeda, Graciela García, Moisés Castro y Morales, Matilde Elena López, etc. Las palabras de Mármol ratifican mejor la situación antes descrita:

“En la medida que el trabajo de organización comunista fue haciéndose menos vacilante y más exitoso, el asedio contra nosotros creció. La prensa burguesa, los curas, la radio reaccionaria, vomitaban acusaciones e insultos. El anticomunismo se puso de moda y los camaradas salvadoreños fuimos el blanco predilecto de la reacción derechista. Bien pronto salió a relucir la bandera de la «leyenda negra del comunismo en el año 32 en El Salvador». Fue entonces que apareció el libro calumnioso de Schlesinger, dirigido a aislarnos y a lograr que el vacilante gobierno de Arévalo tomara medidas, expulsándonos del país o encarcelándonos”.²¹

En buena medida, la obra de Jorge Schlesinger era una llamada de advertencia dirigida al pueblo y autoridades gubernamentales guatemaltecas para prevenirlos del riesgo al “contagio comunista salvadoreño”. Las líneas que se citan enseguida declaran la antipatía comunista del referido autor:

“Vivimos aquellas horas y sabemos del dolor de aquel pueblo, que sufrió ante las masas enfurecidas que machete en mano arrasaron con Juayúa, Colón y otros pueblos aledaños a la capital, que también se vio amenazada a la sociedad y a la clase media; [...] siendo el pueblo honesto el único víctima de los desmanes de ingratos propagadores de doctrinas exóticas que enlutaron el hogar salvadoreño [...]”.²²

Tanto Joaquín Méndez y Jorge Schlesinger, han servido como fuentes primarias para los diferentes autores que han escrito alrededor de los acontecimientos de 1932. Pero el caso de Schlesinger tiene un significado especial, ya que ha sido uno de los documentos más utilizados por escritores anticomunistas, militantes de izquierda, simpatizantes de los revolucionarios y por los investigadores profesionales del tema. El texto de Schlesinger como fuente primaria no se descarta, aunque sea de talante anticomunista o un “libro de encargo”,²³ cuya finalidad era desacreditar a

los revolucionarios del levantamiento de 1932, así como a los comunistas salvadoreños que residían en la Guatemala de los años cuarenta. Al mismo tiempo, buscaba justificar la fuerte represión que utilizó el gobierno de Martínez para contener a los insurrectos, algo que podría repetirse en tierras guatemaltecas sino se actuaba diligentemente contra los comunistas salvadoreños que vivían en ese país. Pero pese a ser un libro difamatorio,²⁴ anticomunista y surgido en un entorno de xenofobia antisalvadorense.²⁵ Como fuente primaria el libro tiene información valiosa que los diferentes escritores han sabido explotar.

Existen otras publicaciones que se hicieron en el periodo que se viene estudiando, pero mucha de esa producción bibliográfica se encuentra en bibliotecas extranjeras.²⁶ En el balance historiográfico que aparece en la obra de Gould y Lauria, los autores sostienen que las pocas excepciones a la interpretación anticomunista provienen de Rodolfo Buezo (seudónimo de Abel Cuenca)²⁷ con *Sangre de Hermanos* (1946)²⁸ y Gregorio Bustamante Maceo con *Historia militar de El Salvador* (1951).²⁹ Según Gould y Lauria, las obras antes citadas proporcionan los primeros intentos comprensivos para entender los orígenes sociales del movimiento, al mismo tiempo que condenan la represión masiva ejecutada por el Estado. Se comparte esa apreciación, pero se considera que pese a su aversión comunista, el texto de Jorge Schlesinger (1946),³⁰ también proporciona algunos fragmentos donde presenta otras variables explicativas de los hechos de 1932. Esta aseveración quedara mejor demostrada en el siguiente apartado.

Entre los autores que relativizan y se distancian de la “causalidad comunista” se puede citar a William Krehm, quién aseveraba que la rebelión “fue una mezcla de levantamiento indio chapado a la antigua y un asalto de campesinos hambrientos salpicado, aquí y allá, con el sofisticado disfraz del comunismo”.³¹ También Joaquín Castro Canizales, que fue uno de los protagonistas del golpe de Estado de 1931, en un artículo periodístico afirmaba:

“¿Qué habían comunistas? ¡Vaya que los había! Y eran activísimos, pero esos comunistas habrían sido inocuos si la organización económico-social del país hubiera sido otra. A la llegada de enero de 1932, El Salvador entero era un caldo de cultivo para el comunismo. Ya no se trataba de ideologías exóticas, metidas en el tuétano del campesinado, sino de un estado de desesperación que aquellos aprovechaban y que tenía que resolverse a como hubiera lugar”.³²

Antes de finalizar el apartado, se debe comentar que mucho antes de que Roque Dalton recogiera el testimonio de Miguel Mármol en los años sesenta. Existió un antecedente literario un tanto similar al escrito daltoniano, la versión “testimonial autobiográfica” de un militante comunista que sobrevivió a la masacre de 1932. Este es el caso de Miguel Ángel Ibarra y sus *Cafetos en Flor* (1947),³³ publicado en México. Esta obra literaria es una especie de “novela de tono autobiográfico testimonial”, cuyo autor era un carpintero comunista ahuachapaneco que describe sus vivencias personales y participación efectiva dentro del movimiento sindical revolucionario de la zona occidental. Dado que existe cierto parangón con el texto daltoniano, se puede especular bajo sospecha de equivocación, que Dalton tuvo su referente de inspiración en la obra de Ibarra. Vale recordar que el mismo Dalton utilizó fuentes primarias y secundarias ocultas, no declaradas manifiestamente en la elaboración de su “novela verdad”, como le llama Rafael Lara-Martínez,³⁴ epopeya biográfica que narra la vida del zapatero comunista Miguel Mármol y los eventos de 1932.

5.2 De la versión anticomunista a la respuesta de la izquierda militante (1957-1972)

El segundo momento historiográfico, se puede iniciar hacia el año de 1957 y finalizar en 1972. En su clasificación de las diferentes interpretaciones de la insurrección, el historiador argentino-costarricense Héctor Pérez Brignoli, sugiere estas explicaciones: la conspiración comunista, la provocación martinista y la estrategia política equivocada.³⁵ Dicha tipología resulta adecuada para el análisis bibliográfico de los años antes especificados.

El año de 1957, resulta importante para el desarrollo profesional de los estudios históricos, antropológicos y sociológicos salvadoreños. Así como para la historia de la intelectualidad de las izquierdas salvadoreñas. Está de más decir y como lo atestigua el propio Roque Dalton, ese año se da su ingreso al Partido Comunista Salvadoreño, luego de regresar del Cuarto Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz y la Amistad. Junto a Dalton ingresaba al PCS, una nueva generación de jóvenes comunistas que tendrían una destacada participación política e intelectual en las décadas posteriores.

Pero lo más importante es que el año de 1957, regresan de su largo ostracismo político, intelectuales de izquierda como los hermanos Max

Ricardo y Abel Cuenca,³⁶ Moisés Castro y Morales, Matilde Elena López, Amparo Casamalhuapa, Alejandro Dagoberto Marroquín y Pedro Geoffroy Rivas entre otros. Los hermanos Cuenca fueron expatriados en 1932, debido a su participación familiar en el movimiento revolucionario en la zona de Tacuba (Ahuachapán). Casamalhuapa se autoexilió a finales de la década del treinta.³⁷ Moisés Castro y Matilde Elena López fueron desterrados luego del Golpe de Estado encabezado por Osmin Aguirre y Salinas en octubre de 1944. Y Alejandro Dagoberto Marroquín, fue expulsado en 1937 debido a su militancia política en el clandestino Partido Comunista Salvadoreño. En 1960, luego de la intervención militar a la Universidad Nacional de El Salvador, la intelectualidad universitaria de izquierdas fue nuevamente expatriada, Abel Cuenca se radicaría en tierras mexicanas y Marroquín después de su breve exilio en Honduras, regresaría al país para darle impulso a la profesionalización e institucionalización de las ciencias sociales en la década del sesenta en la Universidad de El Salvador; principalmente a las disciplinas como la Antropología, Historia y Sociología.³⁸

La obra marxista de Abel Cuenca: *El Salvador, una democracia cafetalera* (1962). Fue elaborada originalmente en 1957, concursó en la rama ensayo del “III Certamen Nacional de Cultura” que se realizó ese mismo año, convocado por la Dirección General de Bellas Artes de San Salvador, ganando el honroso segundo lugar, pero por su contenido crítico y marxista no le fue publicado pese a que había un compromiso adquirido por la institución gubernamental. Pese a ello, el autor logró difundir una versión mecanografiada en los círculos estudiantiles universitarios. Su publicación formal como libro tuvo que esperar hasta el año de 1962 en tierras mexicanas. En el ensayo, el autor hace una fuerte crítica a la historia positivista que predominaba en la época, bajo los siguientes términos:

“Si la historia salvadoreña no fuera el simple relato cronológico de acciones de hombres más o menos eminentes, que todos conocemos, calcado en la concepción positivista de la historia, que limita la tarea del historiador a la mera localización de hechos en el tiempo y el espacio, para luego relatarlos coherentemente; si la historia salvadoreña no estuviera deformada por la limitación cultural de nuestros historiadores, bien podría servirnos como un hilo de Adriadna para encontrar en el pretérito nacional el sentido de nuestra realidad histórica actual. Pero no. Los elementos de juicio que la historia salvadoreña al uso ofrece, son de poca utilidad al investigador, como

podría serlo un caminante del desierto una brújula perturbada. Y si no ¿acaso no se ha escrito ya, con carácter historiográfico, que la gran insurrección campesina de 1932 fue el resultado de consignas exóticas traídas al país por agentes venidos del otro lado del mundo?». ³⁹

Este escrito marxista tiene un doble significado historiográfico. Es un verdadero hito para la «historia de la historiografía» salvadoreña, es una ruptura teórica y metodológica. Por un lado, da inicio a la corriente historiográfica marxista en el ámbito académico salvadoreño. ⁴⁰ Al mismo tiempo, presenta una nueva interpretación de los eventos de 1932, marcando el rumbo interpretativo de los posteriores estudios de la rebelión. Desde una perspectiva historiográfica de larga duración, ⁴¹ el texto de Cuenca comenzaría un ciclo historiográfico que se cerraría más o menos hasta finales de los años ochenta, aunque no de forma definitiva.

5.2.1 El complot comunista

Esta interpretación presenta al Partido Comunista Salvadoreño (PCS) como el organizador de una vasta conspiración comunista, que penetró en las masas indígenas y las campesinas, intentando también convencer a ciertos sectores del ejército. Según esta versión la represión y mano fuerte del general Martínez salvaron al país de caer en manos del comunismo. ⁴² Como ya quedo expuesto en el apartado anterior, los autores que gravitan en esta versión son: Joaquín Méndez, Jorge Schlesinger, los relatos periodísticos contemporáneos a la insurrección y la historiografía militar, sobre todo las biografías apoloéticas dedicadas a Maximiliano Hernández Martínez. ⁴³ Pero sin lugar a dudas, que la manipulación política de la memoria social de 1932, estaría vigente en la prensa local y en los grupos de derechas e izquierdas a lo largo de la década del sesenta, especialmente en las coyunturas electorales como lo demuestra el historiador Héctor Lindo en sus trabajos sobre la memoria histórica de 1932. ⁴⁴

Por otro lado, tanto los estudios académicos nacionales y los extranjeros comenzaron a cuestionar el planteamiento de la conspiración comunista. Por ejemplo, Abel Cuenca, la nombra como una insurrección campesina, aseverando que el PCS no dirigió el levantamiento y dejando claro que no fue una insurrección anticapitalista. Como buen marxista, Cuenca se inclina por destacar el factor económico como causa del alzamiento. ⁴⁵ Por su parte, Luna a semejanza de Cuenca, consideraba que la rebelión era una insurrección popular y negaba que el movimiento fuese una revolución proletaria socialista. Asignándole mayor importancia a las

motivaciones estructurales como las económicas y las sociopolíticas.⁴⁶ En el caso de Mármol y Dalton,⁴⁷ plantean una versión justificativa y de descargo de la participación del PCS, aunque en su análisis de las causas de la rebelión exponen una línea argumentativa similar a la de Luna.

Para Anderson,⁴⁸ la insurrección fue un producto autóctono contradiciendo la postura de Alfredo y Jorge Schlesinger, quienes sostenían que el levantamiento campesino de 1932, fue el resultado de consignas exóticas traídas al país por agentes venidos del otro lado del mundo. Según Anderson, los factores de la revuelta fueron más complejos:

“Las causas fundamentales de la rebelión se descubren con más facilidad que los motivos exactos que la produjeron en el momento que ocurrió. Las causas subyacentes incluyen el profundo antagonismo existente entre los campesinos y los terratenientes, pocas veces notado por los ricos a las actitudes simuladas de los primeros. También había un problema racial definido en la zona de Sonsonate, donde chocaban las culturas ladina e indígena. Por más que se insistía en la homogeneidad de la raza salvadoreña, no se puede encubrir el hecho de que los indígenas se sentían diferentes. A estas causas sociales fundamentales se agregaron otras de tipo económico: el monocultivo y el colapso en la gran depresión. Una causa política era la tradición dictatorial y de incompetencia gubernamental, que le había dificultado a la gente de El Salvador seguir una vida política normal”.⁴⁹

5.2.2 La provocación martinista

Según Pérez Brignoli, la izquierda y el Partido Comunista Salvadoreño desarrollaron una interpretación alternativa pero paralela a la versión de la conspiración comunista, esta tesis ponía el énfasis en la provocación del gobierno de Hernández Martínez que pretendía el reconocimiento internacional y el apoyo local.⁵⁰ Esta aseveración es verdadera ya que tanto la izquierda académica y la militante: Cuenca,⁵¹ Luna,⁵² Marroquín⁵³ Arias y Dalton coincidían con el planteamiento de la provocación martinista.

Sin embargo, uno de los primeros autores en plantear la tesis de la *provocación martinista* fue el mismo Jorge Schlesinger. Como lo demuestra el siguiente párrafo:

“Dio el general Martínez beligerancia al Partido Comunista, permitiendo que se presentara a las luchas electorales de alcaldes

y diputados. Los martinistas afirmaron después, que se trataba de una argucia política para descubrir la organización y conocer a sus componentes; y aunque este aserto es exacto, no se dieron cuenta –en especial los miembros de su gabinete– de las finalidades que perseguía su jefe. Ante la resistencia internacional a reconocer su gobierno, Martínez dejó que la trama comunista se desarrollara completamente para anegarla después en torrentes de sangre –seguro de su poder militar–; y presentarse como el único hombre capaz de suprimir la anarquía, garantizar la propiedad y la vida, y por lo tanto, acreedor al reconocimiento internacional y al apoyo interno”.⁵⁴

Por su parte, Anderson refuta la provocación martinista argumentándolo así:

“La realidad es que los hechos de enero de 1932 se parecen mucho a los de diciembre del año anterior, que llevaron a Martínez al poder. En ambos casos, el general fue lo suficientemente listo como para dejar que las cosas siguieran su curso y, una vez surgido el caos, capitalizar a base de los errores de otros. Esta técnica ha sido utilizada frecuentemente por los militares, incluyendo al gran Napoleón”.⁵⁵

Más adelante propone otra versión: “De hecho, fue Martí, y no Martínez, quien planeó la revuelta y fechó su ejecución. Cuenca y otros escritores, creen que la revuelta se planeó hasta después de la «farsa» de las elecciones municipales. Es enteramente posible que Martí haya decidido la rebelión tan pronto como Martínez subió al poder”.⁵⁶ Desde la memoria personal del comunista mexicano Miguel Ángel Velasco, quien conoció y realizó trabajo político junto al mítico Farabundo Martí, se puede sustentar la apreciación de Anderson bajo las siguientes palabras: “*Farabundo Martí, fue secretario de Sandino y fue excelente compañero, participó con nosotros en muchas actividades. Él pensaba que la lucha armada era la única forma de poner fin a la situación que privaba en El Salvador*”.⁵⁷

La posición pro insurreccional de Agustín Farabundo Martí, resulta más evidente desde el testimonio del comunista mexicano Jorge Fernández Anaya, quien permaneció en El Salvador entre noviembre de 1929 y abril de 1930. Fernández Anaya era el agente designado por el Comintern para desarrollar trabajo político en territorio salvadoreño, entre sus aportaciones está el haber participado en la fundación del PCS en marzo de 1930.⁵⁸ Su relato relacionado con la inclinación insurreccional de Martí, dice así:

“La otra tendencia es la consecuencia ideológica de que ya he expresado, esa es la de querer hacer ya la insurrección. Compañeros que son incapaces de aguantar la persecución de luchar contra el nacional fascismo diariamente, de continuar organizando a las masas, ante la idea, de que un compromiso es una al extremo. Yo debo de ser muy claro. Martí tiene esta tendencia. Él no me lo dijo personalmente porque lo habría explicado y regañado muy fuertemente. [Miguel Ángel] Vásquez me lo contó... No le digo abiertamente tú tienes la tendencia porque no es el momento oportuno, si en cambio señalé muy claramente el carácter de esta tendencia en una y en otra carta”.⁵⁹

A manera de colofón se debe indicar que el mismo relato testimonial del obrero comunista Miguel Ángel Ibarra, *Cafetos en Flor* (1947). Proporciona una versión que cabe en la línea del planteamiento de la provocación martinista, la que describe así:

“[...] Martínez ordenó que se sacara un manifiesto que aparecía por parte del directorio de la juventud militar ya disuelta y fue repartido por un avión en todo el país. En ese volante decían: que se daban amplias libertades a todos los ciudadanos del país, organizaciones y partidos políticos para que eligieran sus gobiernos municipales. Esta fue una treta de la banda fascista que ya estaban bien consolidados en el poder, fingieron dar estas libertades para medir las fuerzas de las organizaciones revolucionarias en el país, ya el pueblo en pie dirigido por nuestra organización se adelantó sin reflexionar, aceptando la trampa que nos pusieron los fascistas, este fue un grave error [...] Vino la imposición militar a anular las elecciones. Con una represión sangrienta, fueron clausuradas todas las oficinas de las organizaciones, se desarrolló un terror de persecución y cárcel a todos los dirigentes del movimiento obrero [...]”.⁶⁰

5.2.3 La estrategia política equivocada

En general se refiere a las debilidades estratégicas y teóricas afrontadas por la facción comunista que dirigió el levantamiento de 1932; alude a las insuficiencias militares y yerros políticos de los dirigentes revolucionarios del PCS. Los primeros rastros de este planteamiento se pueden encontrar en los informes y escritos de los años treinta que enviaron los comunistas sobrevivientes al Buró del Caribe,⁶¹ algunos de esos reportes es un tanto probable que fueran redactados por Max Ricardo Cuenca (Camarada H)⁶² y Moisés Castro y Morales (Camarada Marochi),⁶³ quienes fueron miembros del Comité Central del PCS en 1932.⁶⁴ La rebelión y su fracaso fue una discusión recurrente al interior del PCS, que perduro desde los

años treinta hasta los inicios de la guerra civil. Dicho debate es un tanto deducible desde el testimonio de Miguel Mármol, como lo certifica el siguiente fragmento:

“Cuando el trabajo de la dirección se regularizó fui encargado de hacer un nuevo informe acerca de la insurrección y su fracaso. Yo me preparé bien, estudié de nuevo los hechos, revisé mis conclusiones, etc. Sin embargo, cuando rendí el informe en reunión extraordinaria, ampliada, Dagoberto [se refiere a Alejandro Dagoberto Marroquín] me sorprendió por el nivel argumental de su crítica. Sin duda él tenía un nivel bastante superior a cualquiera de nosotros y sus análisis eran más profundos, sus argumentos más acabados y mejor expuestos y no tengo razones para ocultar que me apabulló... Sin embargo, él cargaba la mano contra el bajo nivel de la dirección del partido que se hizo cargo de la insurrección... Echarle la culpa de todo a los dirigentes comunistas que no hicieron una insurrección exitosa era y sigue siendo un punto de vista parcial, propio de mentalidades reaccionarias o pequeño-burguesas, de intelectuales separados de la realidad que después de los hechos vienen a dar los análisis más sesudos del mundo, pero que no sirven a nadie para dar un paso adelante...”⁶⁵

En los años sesenta, los intelectuales de izquierda como Abel Cuenca – hermano de Max Cuenca–, Luna, Dalton, Arias y Marroquín retomaron cada uno con sus respectivos matices el asunto de la estrategia política equivocada; tema que fuera puesto en la palestra política académica en el marco del *Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica* de 1963, organizado por el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador cuyo director a la fecha era el mismo Alejandro Dagoberto Marroquín.⁶⁶

Dos obras historiográficas que contienen el debate de la estrategia política equivocada son: *Un heroico y trágico suceso de nuestra historia* de Alejandro Luna (1964)⁶⁷ y *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* de Roque Dalton (1972). El texto de Luna, cuestiona las decisiones políticas tomadas por los dirigentes izquierdistas del PCS con las palabras que siguen: “El marxismo leninismo era para nuestros románticos líderes la biblia política y la panacea de todos los males sociales. Aceptaban sus postulados sin ningún espíritu crítico y, desgraciadamente, la aplicación que hacían de ellos en nuestro ambiente social era mecánica”⁶⁸. Al indicar las causas de la rebelión expresaba: “infantilismo en los grupos dirigentes de la revolución, sectarismo en la

organización de las masas por el partido de la revolución y aventurerismo de los grupos revolucionarios”.⁶⁹

Del otro lado, la obra de Dalton/Mármol se le puede considerar como una respuesta de los dirigentes y militantes del PCS a las acusaciones de Luna, como lo indica el historiógrafo literario Rafael Lara Martínez⁷⁰ el texto daltoniano es marcadamente anti Luna; y se le puede añadir que anti Cuenca, anti Marroquín y por extensión anti izquierda académica. El mismo Dalton, dice que su escrito es un “testimonio de descargo” y con una intencionalidad política manifiesta. Uno de los objetivos de la obra daltoniana corrobora esta apreciación:

“Enfrentar el testimonio presencial de un revolucionario sobre la historia de las principales luchas del pueblo salvadoreño entre 1905 y la mitad de este siglo, a las versiones reaccionarias que se han hecho ya tradicionales y oficialmente históricas con respecto a ese mismo período y a las versiones aparentemente imparciales, «técnicas», etc., que comienzan a aparecer en El Salvador y en otros países sobre fenómenos como la masacre de 1932, las jornadas de abril y mayo de 1944, la naturaleza de los gobiernos de Martínez, Aguirre y Salinas, Arévalo en Guatemala, etc.”⁷¹

Las siguientes palabras de Miguel Mármol lo ratifican mejor:

“Y una cosa es cierta, que el comunista que no tenga claro el problema del 32, su significado y sus experiencias, no podrá ser un buen comunista, un buen revolucionario salvadoreño. Pero no se trata sólo de llevar la claridad a las filas selectas de nuestro Partido. Debemos acabar de una vez por todas con nuestra «leyenda negra» a los ojos del pueblo y poner las cosas en su lugar. Inclusive en lo que se refiere a las graves responsabilidades políticas que nos corresponden como Partido”.⁷²

Es evidente que la participación y protagonismo del PCS en la rebelión de 1932, fue un asunto de mucha polémica, discusión y recriminaciones mutuas entre la izquierda académica (Abel Cuenca, David Alejandro Luna y Alejandro Dagoberto Marroquín) versus la izquierda militante (Roque Dalton, Jorge Arias Gómez, Miguel Mármol, Salvador Cayetano Carpio y Schafik Handal). En este sentido, las apreciaciones y acusaciones de Cuenca, Luna y Marroquín coincidían en señalar que una facción radical y beligerante del PCS; había aplicado una estrategia política equivocada, el testimonio de Mármol habla de un grupo que apoyaba la insurrección

y otro que estaba en su contra. Tanto Farabundo Martí y Miguel Mármol eran parte del bando a favor de la insurrección; Max Cuenca y Moisés Castro Morales entre otros intelectuales se oponían a la realización del levantamiento. Estas líneas lo ilustran mejor:

“En esa misma reunión informativa, y de una manera muy firme, yo propuse que llamáramos a las masas salvadoreñas, inmediatamente, a la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista... [...] Max Ricardo Cuenca y otros intelectuales se retiraron de la reunión por diversos motivos y, según se supo después, habían ido a buscar refugio seguro para capear la tormenta que se avecinaba... [...] La reunión había durado toda la noche entre el 7 y el 8 de enero de 1932. Se aceptó pues unánimemente (hablo de los presentes, no de los dirigentes que se retiraron) la realización de la insurrección armada popular”.⁷³

La obra de Dalton/Mármol surge por tanto como una respuesta orgánica de la izquierda militante del PCS, ante los señalamientos desfavorables que la izquierda académica imputaba. Desde los años treinta hasta los setenta, el fantasma o trauma de 1932, seguiría rondando a la dirigencia del PCS, vale recordar que el PCS fue la última agrupación en unirse al FMLN en octubre de 1980, los grupos militares dentro de la izquierda salvadoreña surgieron al margen o se desmembraron del PCS. Este fue el caso de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Irónicamente al PCS se le presentaba una situación bastante similar a la de 1932, el movimiento revolucionario de los años setenta estaba transitando a la lucha militar y el PCS fue el último en incorporarse.

Igualmente se debe comentar que entre los años de 1968 a 1972, muchos académicos extranjeros investigaron y escribieron obras temáticas e historiográficas relacionadas con El Salvador, sus trabajos fueron publicados en esos años en sus respectivos países de origen. Algunos de ellos fueron: Robert Varney Elam, *Appeal to Arms: The Army and Politics in El Salvador, 1931-1964* (1968); Everett A. Wilson, *The Crisis of National Integration in El Salvador, 1919-1935* (1970); Andrew Jones Ogilvie, *The Communist Revolt of El Salvador, 1932* (1970); Thomas Anderson, *La Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932* (1971); Kenneth J. Grieb, “*The U. S. and The Rise of Maximiliano Hernández Martínez*” (1971);⁷⁴ David Browning, *El Salvador: Landscape and Society* (1971); Alastair White, *El Salvador* (1973), etc.

Por su parte, la academia nacional también hizo exploraciones historiográficas orientadas al estudio de los años veinte y treinta, ejemplo de estos son: *Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador* de Alejandro Dagoberto Marroquín (1969); *Análisis de una dictadura fascista Latinoamericana. Maximiliano Hernández Martínez 1931-1944* de David Alejandro Luna (1969);⁷⁵ *Agustín Farabundo Martí* de Jorge Arias Gómez (1971);⁷⁶ *Historia del movimiento sindical de El Salvador* de Aristides Augusto Larín (1971);⁷⁷ *La crisis de 1929 y sus consecuencias en los años posteriores* de Gerardo Iraheta Rosales (1971);⁷⁸ *Miguel Mármol: El Salvador 1930-32* de Roque Dalton (1972);⁷⁹ etc. Todos estos autores y escritos tienen la particularidad de estar vinculados con la Universidad de El Salvador y de haber sido publicados en la revista *La Universidad*.

Entre 1955 a 1972, los estudios históricos presentaron cierto auge en el país debido a que algunas de las Ciencias Sociales al interior de la Universidad de El Salvador se desarrollaron profesionalmente. A mediados de los cincuenta se creó el Departamento de Ciencias Sociales (1955), que incluía las Escuelas de Historia y Ciencias Sociales. En 1962, se transforma en la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas, siendo su director Alejandro Dagoberto Marroquín (militante del PCS en los años treinta y cuarenta). También en los sesenta se fundan las licenciaturas en Arqueología (1962), Historia (1962)⁸⁰ y Sociología (1967); pero al fenecer la década solamente sobreviviría la última. Esta situación es comprensible debido a que el lapso que transcurre entre 1945 a 1975, son los “años dorados de la sociología”,⁸¹ es decir su institucionalización como carrera universitaria. Entre 1968 a 1972, aparece el sociólogo revolucionario, politizado y militante; comprometido con el movimiento revolucionario emergente. Aunque para ser más precisos, la década del sesenta no solo fue la época dorada de la sociología, sino que para las ciencias sociales en toda la América Latina.⁸²

Las investigaciones históricas tuvieron la atención de la intelectualidad de izquierdas afincada en la Alma Máter. Sus trabajos se publicaban en las revistas: *Cultura*, *Humanidades*, *Economía*, *La Universidad*, *Vida Universitaria*, etc. Pero al final de la década del sesenta y principios de los setenta, el contexto académico dentro de la Universidad de El Salvador daría un giro radical que afectaría a los mismos estudios historiográficos. En julio de 1972, se da una intervención militar al campus universitario, como consecuencia de ello, la intelectualidad de izquierdas que estaba

ligada con la producción historiográfica partiría al exilio político, principalmente a México y Costa Rica.

5.3 Las interpretaciones del 32 en los años setentas y ochentas (1973-1990)

Entre 1973 y 1990, la bibliografía histórica de orientación académica relacionada con el movimiento rebelde de 1932, emanaría principalmente desde la Universidad Centroamérica “José Simeón Cañas” (UCA).⁸³ Esto debido a que los estudios historiográficos académicos en la Universidad de El Salvador, entrarían a una “fase inercial”, luego de la intervención militar de 1972 y la consiguiente diáspora de la intelectualidad de izquierda hacia el extranjero. No se pretende negar que se hiciera producción historiográfica y memoria histórica de los sucesos de 1932, pero su interpretación estaría marcada por la fuerte politización, el sesgo ideológico (ideologización) y la militancia izquierdista que prevalecía al interior de la Alma Máter en los años setenta, ochenta y buena parte del noventa.

Para este periodo se escrutaran de forma panorámica las siguientes obras y autores: *La insurrección popular campesina de 1932* (1976) de Ítalo López Vallecillos; *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador* (1979); *El ascenso del militarismo en El Salvador* (1980) de Rafael Güidos Véjar. Así como, *Del 32 como mito o la visión del vencido* (1987) de Rafael Lara Martínez y *Levantamientos campesinos en El Salvador* (1988) de Segundo Montes. Estas obras tienen la particularidad de haber sido publicadas en la editorial de la universidad jesuita. Se debe aclarar que académicos extranjeros escribieron trabajos que hacían referencia al movimiento revolucionario de 1932, pero la mayoría de estos no llegaron a tener mayor difusión en los recintos universitarios locales, por ese motivo, solo se abordaron los textos que circularon en la academia salvadoreña.⁸⁴

5.3.1 Dualidad consensuada y disenso indigenista

La mayoría de autores coinciden en señalar que la insurrección fue un “levantamiento campesino”, discrepando únicamente Rafael Lara Martínez quien se inclina por definirla como una “rebelión indígena”. Este autor hace un análisis crítico de las dos versiones consensuadas y dominantes en los años ochenta: 1) El 32 como una rebelión comunista o versión oficial, relacionada y sustentada simbióticamente desde la memoria histórica de los diversos grupos de derechas e izquierdas

revolucionarias; 2) El 32 como producto de la crisis de 1929 o versión economicista (visión marxista), explicación un tanto dominante en la producción académica universitaria y en la izquierda revolucionaria militante. Contra la primera versión comunista Lara Martínez argumenta:

“Suponer que una convicción marxista impulsó a grupos indígenas, analfabetos en su mayoría y hablantes de nahuatl, significa afirmar que las cofradías difundieron esos contenidos a la base de su jerarquía. ¿A caso se piensa que los cofrades, con su español incipiente, pregonaron las enseñanzas del marxismo a sus seguidores, promoviendo así el surgimiento de una conciencia de clase? O, ¿acaso se tradujo el conjunto de la obra de Marx al nahuatl, facilitando así su difusión a la base? O, ¿quizá se cree que el Partido Comunista Salvadoreño, a través de unas cuantas personas, logró fomentar su pensamiento en un grupo con fuerte monolingüismo nahuatl? Pero si 400 años de influencia católica sólo han engendrado, en buen número de casos, un sincretismo entre la antigua religión y el catolicismo, ¿no resultará descabellado aseverar que un puñado de militantes consiguieron impulsar el estudio del marxismo, en un medio receloso al ladino?”⁸⁵

En su crítica contra la versión economicista (marxista) sostiene:

“Para la visión economicista, el hombre ha muerto, ya que no es su acción la que elabora la historia. Antes bien, el actor social está concebido como un sujeto paciente, receptivo, a quien el influjo de las estructuras económicas impulsa, irremisiblemente, a tomar una posición radical, durante alguna grave coyuntura específica”.⁸⁶

Con una clara posición indigenista y retomando la “visión de los vencidos” del historiador mexicano Miguel León Portilla, Lara Martínez habla de un movimiento indígena autónomo. En su interpretación sugiere:

“La oposición esencial, dominante de la revuelta, se halla en la dicotomía indio-ladino. El 32 no fue un intento de revolución social que propugnara instaurar un estado distinto del imperante. Como en la mayoría de las sublevaciones campesinas, sus propósitos eran más limitados. La mira era local, no rebasaba la región. Las reivindicaciones no asentaban sus proyectos más allá de una cierta autonomía económica, política y cultural de los izalcos”.⁸⁷

También habría que anotar que Lara Martínez es el primero en sugerir un posible etnocidio, tema que es abordado por Jeffrey Gould y Aldo Lauria-Santiago en la obra *1932: Rebelión en la oscuridad* (2008). Sin embargo,

el componente de la etnicidad en el contexto de la insurrección de 1932, el conflicto indio-ladino, ya había sido mencionado por la historiografía de los años sesenta y setenta. Por ejemplo, David Luna⁸⁸ afirmaba que además del conflicto económico-social estaba latente el odio racial ancestral del indígena hacia el blanco explotador.

Además, David Browning y Segundo Montes –citando a Gallardo–, planteaban que una de las causas del levantamiento fue el problema étnico. A partir de un análisis comparativo de los movimientos campesinos de 1833, 1932 y de los años 1970-1980; Montes, concluye que el de 1932, es un movimiento indígena de la región de los izalcos, liderado por José Feliciano Ama, que estaba motivado por su etnia y buscaba los intereses de su comunidad indígena. Para el jesuita, el alzamiento tenía un fuerte componente indígena que no era estrictamente material y económico.⁸⁹ Como acotación se debe decir que un estudio pionero que explora las relaciones de conflicto entre indígenas y ladinos es “La dicotomía ladino-indígena en Panchimalco” (1959) de Alejandro Dagoberto Marroquín.⁹⁰

En cuanto a la participación del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), la mayoría de autores se inclinan por destacar lo que se puede denominar como el planteamiento de la «incorporación o acompañamiento». Ítalo López Vallecillos lo explica así: “No hay abundante información sobre el grado de participación del PCS en el desarrollo inicial del suceso; nos inclinamos a sostener la tesis de que los dirigentes de esta organización se incorporaron a la lucha, ya casi desatada desde mayo de 1931 con la represión de Sonsonate, no siendo, como se ha dicho por fuentes oficiales, los promotores de la insurrección”⁹¹ Segundo Montes lo expresa de esta manera: “El partido comunista se estaba formando, era muy deficiente en su organización, disponía de pocos y débiles cuadros, incluso parece que estaba infiltrado, y su fuerza principal estaba en la capital. Los *naturales* y campesinos levantados, según todos los testimonios y autores que tratan el tema, no eran comunistas, ni entendían que era eso. Buscaban reivindicaciones sociales, y eso es lo que aprovechó el partido comunista, para convencer a los líderes campesinos y *naturales*”⁹². Por su parte, Rafael Güidos Vejar nos dice: “El Partido Comunista, sin poder disuadir al movimiento insurreccional, decidió incorporarse al mismo y tratar de orientarlo en su lucha, que aunque muy confusa en sus objetivos y medios, era virtualmente una lucha por el poder”.⁹³

En cuanto a las motivaciones del alzamiento, existen más coincidencias que divergencias entre los distintos autores. Es un consenso generalizado

que la crisis de 1929 impactó fuertemente a la economía nacional que giraba alrededor del “grano de oro”, la baja en la demanda del café, la caída de su precio produjo un fuerte desempleo en las plantaciones cafetaleras. David Browning⁹⁴, retoma de alguna manera los planteamientos de Abelardo Torres sobre la conexión entre la privatización de las tierras comunes del siglo XIX, y la demanda de tierra en el marco del levantamiento campesino de 1932. En esta misma línea, tanto Browning, Vallecillos y Montes comparten el planteamiento de la “proletarización acelerada”: la cual establecía que la supresión de la propiedad comunal en 1880, daba como consecuencia una concentración de la propiedad de la tierra en beneficio del cultivo del café, despojando a los campesinos de gran parte de sus minifundios de subsistencia, en una palabra proletarizándolos”. Esta tesis historiográfica predominó entre los años sesentas y ochentas, la cual sería refutada por los estudios de Aldo Lauria en los noventa.

David Browning, sugiere confusas ideas de un autogobierno basado en líderes locales.⁹⁵ Lara Martínez, habla de un movimiento indígena local expresándolo así: “El 32 no fue un intento de revolución social que propugnara instaurar un estado distinto del imperante. Como en la mayoría de las sublevaciones campesinas, sus propósitos eran más limitados. La mira era local, no rebasaba la región. Las reivindicaciones no asentaban sus proyectos más allá de una cierta autonomía económica, política y cultural de los izalcos”.⁹⁶ Por su lado, Montes da indicios de un conflicto por la autonomía y control político local. Se refiere a la presión de los izalcos por recuperar cierta autonomía local económica, política y cultural; siendo el cacique Feliciano Ama el rostro visible de esas demandas.⁹⁷ En síntesis, los tres autores nos describen un movimiento indígena local que buscaba autonomía política y económica. Se debe reiterar que tanto Montes, Vallecillos y Lara; argumentan cada uno a su manera que el movimiento de 1932 no fue una rebelión comunista.

5.3.2 Cruce o combinación de revueltas: una posibilidad soslayada

Para Héctor Pérez Brignoli, Segundo Montes en su obra *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador* (1979) y Alastair White en *El Salvador* (1983), dejan insinuada una interpretación interesante y a primera vista soslayada, sujeta a demostración o refutación. La proposición apunta a considerar que la rebelión fue un cruce o combinación de revueltas, lo que equivale a establecer una insurrección indígena-campesina con connotaciones étnicas, una conspiración política o complot comunista y

un alzamiento laborista-araujista. Esa probable “tríada insurreccional” es aludida según Rafael Lara Martínez por el exiliado del martinato y escritor salvadoreño Gilberto González y Contreras en su libro: *Hombres entre lava y pinos* (1946). La siguiente cita de su texto da cuenta de ello:

“Madura ya la conciencia de las masas, en 1932, hubo un triple levantamiento: de los indios en defensa de los terrenos comunales —de que estaban siendo expropiados— y por el mejoramiento de su estándar de vida; de algunos elementos laboristas, y de la fracción comunista, con núcleos exclusivos en la capital de la república...”⁹⁸

Uno de los principales vacíos historiográficos que se puede encontrar en la bibliografía que estudia la rebelión y los sucesos políticos de 1932, es el exiguo y flácido abordaje que se hace del Partido Laborista Salvadoreño y del mismo movimiento araujista. En cierta forma, el partido estaba conformado por tres secciones o grupos políticos: uno que era de inspiración laborista al estilo inglés bajo el liderazgo de Arturo Araujo; otro más de tendencia izquierdista llamado Partido del Proletariado Salvadoreño que lo dirigía un ex comunista y presunto anarcosindicalista de nombre Luis Felipe Recinos,⁹⁹ personaje que tiene el honroso mérito de ser parte de la primera generación de militantes comunistas salvadoreños y quien participo en los grupos comunistas mexicanos en los años veinte, además fue dirigente de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS) y secretario general de la Universidad Popular Salvadoreña en 1930. Y una tercera sección o tendencia que era encabezada por el pensador social Alberto Masferrer. Un estudio más extenso y centrado en el movimiento laborista puede arrojar más información alrededor de su participación en los eventos de 1932.

La participación de Luis Felipe Recinos y del movimiento laborista-araujista ha sido un tanto soslayada por la historiografía de la rebelión de 1932. La siguiente cita puede ayudar a reforzar la importancia de estudiar dicho movimiento político: “En la frontera con Guatemala el nerviosismo cundía por dos razones. De un lado, el gobierno de El Salvador esperaba cualquier día un ataque laborista desde el vecino país. El 27 de enero, *La Prensa* informó falsamente que Luis Felipe Recinos había sido muerto cuando dirigía una fuerza de araujistas invadiendo El Salvador. La tensión bajó cuando más o menos por aquellos días, Ubico expulsó de Guatemala a su viejo amigo Araujo, junto con Recinos y Masferrer”.¹⁰⁰

Un documento clandestino del PCS de 1936, delata la participación de primera mano que tuvo Luis Felipe Recinos, así como lo inculpa por los trágicos acontecimientos de 1932, el texto referido lo expresa así: “*la responsabilidad de esta horrorosa masacre de 1932 se debió, en parte a Luis Felipe Recinos y a la táctica izquierdista de [Jorge] Fernández Anaya, y en parte al sometimiento disciplinario del Camarada Martí al C. E. del PCS*”.¹⁰¹ Recinos fue un comunista salvadoreño —algunos autores sostienen que era anarcosindicalista— de los años veinte, estuvo exiliado en Guatemala, México y Estados Unidos debido a sus ideas radicales. Es muy probable que haya militado en el movimiento comunista mexicano como sostienen algunas fuentes.¹⁰²

Para finalizar, se debe comentar que las fuentes más utilizadas por los autores estudiados en este tercer periodo historiográfico, fueron fuentes secundarias, casi todos echaron mano de la bibliografía que se elaboró en los años sesenta: Abel Cuenca, Alejandro Luna, Dagoberto Marroquín, Roque Dalton y por su puesto Joaquín Méndez y Jorge Schlesinger entre otros. Con la excepción de Segundo Montes que realizó entrevistas personales con los sobrevivientes de ambos bandos en las zonas de la insurrección, el resto se basó en los textos tradicionales que trataban el tema. Lo relevante de la historiografía de este periodo es que esboza algunas ideas, planteamientos y metodología que sería retomada y profundizada por la «nueva historiografía profesional» de los años noventa.

5.4 Visiones de la nueva historiografía profesional (1991-2011)

El cuarto momento historiográfico iniciaría con la publicación del artículo de Héctor Pérez Brignoli: “*Indios, comunistas y campesinos: La rebelión de 1932 en El Salvador*” (1991).¹⁰³ A finales de los años ochenta y principios de los noventa la historiografía salvadoreña daría un giro de noventa grados con la irrupción de la «nueva historiografía profesional». Se dice esto debido a que la mayoría de los que se dedican al estudio de la historia salvadoreña en la actualidad, ya sea extranjeros como nacionales, forman parte de una comunidad académica que comparte un rasgo común como profesionales con estudios universitarios o graduados en historia. Como lo señala acertadamente Knut Walter:

“A partir de las investigaciones de José Antonio Fernández, Patricia Alvarenga y Aldo Lauria, todas ellas firmemente ancladas en los archivos históricos centroamericanos, se perfila una nueva

historiografía, tanto por sus fuentes como por sus supuestos teóricos. Estos enfoques recientes han develado actores de los procesos políticos y sociales que antes se ignoraban o minusvaloraban: las comunidades étnicas, los pequeños productores agrícolas, los campesinos organizados, los caudillos y caciques populares, y así por el estilo”.¹⁰⁴

La «nueva historiografía profesional» académica presenta una línea de trabajo marcada por la desmitificación de los hechos políticos, principalmente el supuesto protagonismo del PCS, la reinterpretación de la participación indígena en los eventos de 1932, etc. Es una historiografía revisionista, partiendo del hecho de que presenta una tendencia de someter a revisión crítica y metódica: las doctrinas teóricas, interpretaciones, planteamientos, modelos explicativos, fuentes y prácticas metodológicas usadas por la historiografía tradicional de la rebelión. Igualmente, se le puede etiquetar como de una historiografía posmodernista debido a los marcos y supuestos teóricos que utilizan los autores que estudian la revuelta.

5.4.1 Tipificación, interpretaciones y modelos explicativos

Severo Martínez Peláez, hace una diferenciación conceptual válida entre motín y rebelión, aplicándola a las revueltas indígenas coloniales. Para el historiador guatemalteco, los motines carecían de plan elaborado y respondían a una “intención punitiva y frenadora de algún exceso” –en alguna medida eran protestas reactivas y espontáneas–. En cambio, las rebeliones aunque obedecían a las mismas causas que los motines, pero si llevaban un plan específico y buscaban suprimir definitivamente la dominación española, Severo Martínez sólo asigna esta categoría a la insurrección de los Zendales de Chiapas de 1712.¹⁰⁵

Para Pérez Brignoli, es un tanto difícil establecer a cabalidad las motivaciones reales que impulsaron a los indígenas rebeldes en 1932, y a diferencia de las sublevaciones coloniales, no hubo proceso judicial alguno contra los insurrectos, sino más bien una represión tan violenta que acabó físicamente con ellos, por lo que resulta difícil o imposible decidir si se debe considerar al movimiento como motín o como rebelión.¹⁰⁶

Ahora bien, de los autores seleccionados para el cuarto momento historiográfico se pueden establecer las siguientes líneas argumentativas e interpretativas. La insurrección considerada como un “motín indígena

de estilo colonial” y su variante esencialista reivindicativa de corte indigenista que la concibe como una “insurrección indígena autónoma”, la primera planteada inicialmente por el historiador Héctor Pérez Brignoli¹⁰⁷ y retomada luego por Erick Ching.¹⁰⁸ En la segunda vertiente se ubican los trabajos de historiografía literaria de Rafael Lara Martínez —se sugiere revisar los textos de este autor referidos a la rebelión de 1932—, y de los demás autores que asumen una posición predominantemente indigenista, en su conjunto a los tres autores se les puede ubicar dentro de la visión o “**línea indígena autonomista**”.

Otro planteamiento historiográfico concibe al movimiento insurreccional como una forma de “**alianza política situacional sui géneris**” expresada en una “protesta social subalterna”, ejecutada por grupos sociales disímiles de la ciudad y el campo. Esta última interpretación, parte del supuesto de que se produjo una alianza política entre el Partido Comunista Salvadoreño (PCS), los trabajadores urbanos, las comunidades indígenas y los campesinos ladinos. Esta apreciación es compartida por Patricia Alvarenga, Jeffrey Gould y Aldo Lauria; autores que se ubican en la “**línea de la protesta subalterna**” apelativo asignado por su filiación teórica con la corriente historiográfica de los *Estudios Subalternos*.¹⁰⁹

En su examen histórico de los eventos de 1932, Brignoli desarrolla una perspectiva comparativa entre la rebelión de 1932 y los alzamientos indígenas del período colonial. Apoyándose en los estudios de Severo Martínez relacionados con las protestas indígenas bajo el dominio español,¹¹⁰ el historiador costarricense establece un parangón entre la insurrección de 1932 y los motines indígenas coloniales. Sin embargo, ya con anterioridad el jesuita Segundo Montes, había aplicado un esquema metodológico similar en su historia comparativa de los levantamientos campesinos salvadoreños. De igual forma, el periodista estadounidense William Krehm que entrevistó a Martínez en la década del cuarenta, fue uno de los primeros autores en tipificar la rebelión como “una mezcla de levantamiento indio chapado a la antigua y un asalto de campesinos hambrientos”.¹¹¹

De manera parecida, Erick Ching, le da continuidad a la perspectiva interpretativa de Brignoli. Su modelo explicativo se deduce de las siguientes líneas:

“La rebelión de 1932 en El Salvador muestra semejanzas con la historia del levantamiento indígena en Estados Unidos, de la pueblo

algonquiano contra los británicos. Los investigadores trataron de identificar a un líder, alguien a quien asignarle el papel de «agente provocador» y símbolo de todas las aspiraciones de los rebeldes — papel que se lo adjudicaron al líder indígena Pontiac—. Sin embargo, el levantamiento no fue una sola rebelión, inspirada desde un centro y dirigida por una sola persona, sino «un conjunto de rebeliones separadas y débilmente vinculadas» de pueblos dispares a todo lo largo del río Ohio”.¹¹²

Retomando esa perspectiva de análisis, Ching llega a la conclusión de que las semejanzas entre la revuelta indígena norteamericana y la salvadoreña son evidentes, a partir del hecho de que los análisis y diversos autores se han centrado en un individuo o grupo político, llámese «agente provocador»; ya sea Farabundo Martí, o en alguna organización, como el Partido Comunista Salvadoreño o el mismo Socorro Rojo Internacional.

Es preciso indicar que la interpretación del levantamiento como un “movimiento indígena autónomo” ya había sido esbozada desde los años sesenta, setenta y ochenta. Tanto David Luna, Segundo Montes y Lara Martínez comprendieron la dimensión indígena de 1932. Esta apreciación resulta más evidente en la actualidad para el caso de Lara Martínez, ya que desde una posición indigenista rescata el protagonismo de este grupo social subalterno como actor protagónico del movimiento revolucionario de 1932.¹¹³

Por su parte, Patricia Alvarenga sostiene que la rebelión de 1932 se da en alguna medida como parte de una “alianza política situacional” entre el Partido Comunista Salvadoreño y grupos subalternos como los trabajadores urbanos, las comunidades indígenas y los campesinos ladinos. La autora lo sostiene así:

“los líderes indígenas, buscando la mejor forma de sacar provecho de los cambios operados en la balanza de las fuerzas sociales, decidieron establecer una alianza con el Partido Comunista. Pero esta no fue una decisión elitista. Un número importante de integrantes de la comunidad estaba involucrado en la lucha radical y, por ello, los líderes comunales, tratando de aprovechar la hegemonía alcanzada en el occidente por la ideología comunista, la adoptaron, transformaron e incorporaron en la institucionalidad indígena”.¹¹⁴

Para Alvarenga, la comunidad indígena del occidente pudo interiorizar la ideología radical, se opone por tanto a la interpretación del “motín indígena de estilo colonial” y a la “rebelión indígena autónoma”, desde su punto de vista:

“el movimiento indígena de ninguna manera expresa la inflexibilidad de una cultura tradicional. Por el contrario, esta muestra que la comunidad indígena, bajo la dirección de sus líderes, fue capaz de establecer un diálogo entre los valores fundamentales de su cultura y la moderna ideología comunista. Únicamente mediante la inserción de la ideología radical en el universo de su propia cultura podían los indígenas convertir al comunismo en un instrumento que permitiera combinar las reivindicaciones de clase con las étnicas”.¹¹⁵

En el caso de Gould y Aldo Lauria, en gran medida comparten la línea argumentativa de Patricia Alvarenga sobre la “alianza política” de grupos subalternos de la ciudad y campo con diferentes procedencias identitarias. Estos historiadores sostienen que los movimientos laborales e izquierdistas tuvieron éxito debido a que subvirtieron los marcados límites entre ciudad y campo, educado e iletrado, ladino e indígena. En este sentido, afirman: “que la movilización fue liderada por un cuadro relativamente grande de revolucionarios, de diferentes procedencias subalternas, muchos de los cuales estaban instruidos con las utopías, ideologías y estrategias comunista y socialista”.¹¹⁶

Otro argumento clave de su libro es que el dramático poder de la movilización y la insurrección, provenía de la activa y mutuamente condicionada relación entre los activistas de base, de variadas identidades, y los diferentes niveles del liderazgo izquierdista. Según Gould y Lauria, “los activistas del sindicato del Socorro Rojo Internacional (SRI) eran tan «auténticamente» izquierdistas como el Comité Central del PCS, y al menos tan importantes como éste en cuanto a la configuración del desarrollo del movimiento”.¹¹⁷

Al igual que Alvarenga, estos autores se oponen al planteamiento de un “movimiento indígena autónomo y cerrado”, refutándolo en los siguientes términos: “las corrientes historiográficas que ponen su acento en la debilidad de la izquierda organizada y en la «autonomía» de los campesinos e indígenas, avivan la posición política en la lucha por la memoria. Al acentuar el divorcio entre la izquierda y los subalternos del campo, sin embargo, esta perspectiva inadvertidamente reflejaba y, en

un sentido, justificaba, la versión militar de que los comunistas burlaron y engañaron a los inocentes indígenas”.¹¹⁸ Más adelante sostienen: “deseábamos argumentar con fuerza que está no era una rebelión de indígenas hambrientos, ni un movimiento de indígenas «manipulados» por comunistas”.¹¹⁹

5.4.2 Algunos debates historiográficos

Para Erick Ching, autores como Anderson, Dalton, Patricia Alvarenga, Gould y Lauria entre otros legos y especialistas; asumen la «causalidad comunista», la cual considera que: “el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y otros, sus aliados internacionales propiciaron y organizaron la rebelión del 22 de enero de 1932, y dirigieron a los rebeldes campesinos en los ataques”¹²⁰ Esta línea de argumentación define a los rebeldes como comunistas y describe la rebelión como un complot comunista.¹²¹ Según Ching, también Gould y Lauria desarrollan una variante del planteamiento de la «causalidad comunista» al atribuirle un papel clave a nivel organizativo al Socorro Rojo Internacional (SRI) en lugar del Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Para él, las pocas excepciones de esta explicación las da Pérez Brignoli, quien pone su atención en las comunidades indígenas y deja de lado el comunismo. A partir de los archivos rusos de Moscú y los archivos nacionales de El Salvador, Ching cuestiona la hegemonía del enfoque de la «causalidad comunista».

Se puede establecer que los autores que aceptan la interpretación de un “motín indígena de estilo colonial” o la de una “rebelión indígena autónoma”, les asignan mayor margen de independencia, con algún nivel organizativo expresado en las cofradías religiosas y con cierta capacidad de negociación política a los indígenas insurrectos. En tal sentido, lo conciben como un movimiento cerrado y endógeno que es impulsado por su propia dinámica. También tienden a minimizar y asignar una función más circunstancial a la acción comunista. Se enfocan y cuestionan la reciente existencia, la inexperiencia, las debilidades internas y los errores organizativos del PCS. Por ejemplo, Erik Ching sugiere que el PCS fue un actor de segunda importancia en 1932, porque tenía poca capacidad organizativa en la región occidental. Según él, en su primer año de existencia el partido se dedicó a solucionar sus problemas internos y, hacia 1931, le prestó atención a los campesinos del occidente, pero en ese momento era ya muy tarde para que el PCS pudiera ganarse a los campesinos que se inclinaron por rechazar cualquier liderazgo proveniente de fuera.¹²²

Por su lado, los autores que se adhieren a que el movimiento insurreccional fue impulsado por una “alianza política situacional” de grupos sociales subalternos; rechazan la apreciación autonomista, cerrada y esencialista de los investigadores que lo conciben como un alzamiento indígena autónomo. Para estos autores, los indígenas establecieron un diálogo que combinó sus valores culturales tradicionales y la moderna ideología comunista. En este sentido, asumen indirectamente una variante de la «causalidad comunista» como lo sostiene Erick Ching. Por ejemplo, Patricia Alvarenga sostiene que el levantamiento indígena fue planeado como parte de un gran movimiento comunista que tendría lugar en todo el país. Para ella, la rebelión indígena había sido concebida como uno de los movimientos estratégicos en un levantamiento de carácter nacional. Además agrega que: “desde el punto de vista de los caciques, acercarse a los dirigentes de izquierda significaba aprovechar la oportunidad de cimentar una alianza con un partido que adquiriría una fuerza impresionante entre los sectores subalternos [...] una alianza con los radicales podría redundar en apreciables beneficios para la comunidad y ello les permitiría recuperar su antigua capacidad como mediadores entre la comunidad y las altas esferas de poder”.¹²³

Según el historiador Ching, tanto Gould y Lauria, trasladan el papel protagónico o calidad de «agente provocador» asignado tradicionalmente al Partido Comunista Salvadoreño (PCS), hacia el Socorro Rojo Internacional (SRI), desarrollando una interpretación que resulta una variante de la «causalidad comunista», a la cual ya nos hemos referido. Para Gould y Lauria, el crecimiento y la transformación del SRI coincidieron con la radicalización del programa de izquierda. Por lo tanto, los campesinos del centro y del occidente del país tomaron ventaja de la posición flexible y no sectaria del SRI para recrearla a su propia imagen.

5.4.3 Consenso implícito: motivaciones de la rebelión

Si las interpretaciones sobre la definición o tipificación de la rebelión siguen provocando divergencias académicas entre los diferentes estudiosos del tema, por el contrario, existe algún consenso un tanto implícito en cuanto al establecimiento de las causas fundamentales del levantamiento. El mejor modelo explicativo de las motivaciones históricas de la insurrección, lo proporciona Pérez Brignoli,¹²⁴ cuyo esquema braudeliano estructuralista está basado en los tres niveles temporales o tiempos históricos de Fernand Braudel: la corta duración

de los acontecimientos, la duración media de la coyuntura (con ritmos múltiples a su vez) y la larga duración de las estructuras (con ritmos múltiples que pueden ser: económicas, políticas, sociales, culturales).¹²⁵

Una magnífica propuesta analítica para explicar las motivaciones históricas que provocan las revoluciones y rebeliones es la “**teoría de los procesos revolucionarios**” del historiador Lawrence Stone, quien asevera y argumenta: “... *para fines analíticos parece lo más acertado desenmarañar la confusa madeja de la crisis en marcha, paso a paso, examinando, primero, las precondiciones a largo plazo; después, los precipitantes a plazo medio, y por último, el disparador a corto plazo*”.¹²⁶ Por lo tanto, se retomara el modelo braudeliano utilizado por Pérez Brignoli, relacionándolo con la “teoría de los procesos revolucionarios” de Lawrence Stone, para aplicarlo al movimiento insurreccional salvadoreño de 1932, con el propósito de lograr una mejor comprensión analítica de las motivaciones de la rebelión.

Las principales causas históricas que destacan los diferentes autores y estudiosos del tema son las que se resumen en los siguientes párrafos.

1) *Precondicionantes estructurales o de larga duración (1880-1932)*. Pérez Brignoli, aborda las Reformas Liberales del siglo XIX –la conexión entre privatización de la tierra y concentración de la propiedad–, la expansión cafetalera y la consiguiente dependencia económica sobre un único producto de exportación, el café. Además, indica que la zona de la rebelión presentaba dos rasgos muy distintivos: mayores porcentajes de población indígena y región productora de café. Por su parte, Patricia Alvarenga se refiere al enfrentamiento entre las comunidades indias y ladinas en el campo de la política local. Señalando que las discusiones políticas giraban alrededor del grupo étnico al cual pertenecían el alcalde y los regidores, quienes competían por esos puestos municipales. También agrega la larga tradición salvadoreña de participación civil en represión. Para Erick Ching, los aspectos de larga data fueron: la producción cafetalera, la privatización de tierras, la etnicidad (racismo) y el militarismo.

2) *Mesocondicionantes de mediana duración o precipitadores intermedios (1918-1932)*. Pérez Brignoli sugiere un proceso doble en la década de 1920: la rápida expansión del área cultivada de café y la pérdida de tierras por parte de los campesinos y pequeños productores en beneficio del latifundio. Lo que equivaldría a un proceso de expansión

del cultivo del café y a una concentración de la tierra, dándose un típico proceso de concentración capitalista. También describe la pésima situación socioeconómica que presentaban los trabajadores rurales en las haciendas de café, condiciones que se agravarían con la crisis de 1929. Igualmente habla de la actividad política de las cofradías indígenas desde 1914 hasta 1932, asociaciones tradicionales que fueron pieza clave para el clientelismo político de cada elección presidencial y municipal. Subrayando que las cofradías proporcionaron el marco organizativo para la movilización de los “naturales” y marcaron el componente propiamente indígena de la rebelión.

Patricia Alvarenga resalta el papel de las Ligas Rojas como antecedente de participación política y politización ya que permitió la experiencia organizativa y militar para los sectores subalternos, incluidos los indígenas del occidente. Según la autora, la experiencia política que los indios adquirieron participando en las Ligas Rojas sería crucial en la explosión del levantamiento de 1932. Para ella, los gobiernos de los Meléndez-Quiñónes retribuyeron el apoyo recibido por los indígenas garantizándoles el control del gobierno local (mediante el clientelismo político de las cofradías religiosas). Sin embargo, a partir de la disolución de las Ligas Rojas, se incrementó la presión ladina sobre los focos de poder local/municipal. Por ejemplo, Patricia Alvarenga señala que en Nahuizalco, para la década de los veinte se dan enfrentamientos sucesivos entre ladinos e indígenas por el control del poder local. Las fuentes documentales dice la autora revelan acusaciones año tras año contra alcaldes por haber ganado las elecciones mediante fraude o intimidación.

Asimismo, para Alvarenga entre 1925 y 1932, se dan unos fuertes cambios políticos, se produce un rápido proceso de radicalización vinculado a un proyecto democratizador fracasado, lo que generó una creciente ola de agitación que tuvo su punto culminante en el levantamiento de 1932. Pero sobre todo se da un proceso de radicalización entre 1927 y 1932. Según Alvarenga, Ching trata como eventos de poca importancia las huelgas en las haciendas cafetaleras, sin advertir la profunda transformación en la concepción de las relaciones entre patronos y jornaleros que implicó para los trabajadores del campo el surgimiento del movimiento sindical, tampoco toma en cuenta la transformación de la cultura política de los grupos subalternos en el occidente del país.

Erick Ching, se refiere al proceso de concentración de la tierra entre 1880 y 1920: cuando empresarios y especuladores compraron más

propiedades. También destaca el largo historial de movilización política autónoma de los indígenas, el periodo de reforma política y el entorno de conflictos políticos locales/municipales con un trasfondo étnico. Por tanto concluye que la evidencia documental no identifica a los insurgentes ni los detalles de la rebelión, pero revela que la comunidad indígena de Nahuizalco tenía una larga historia de organización autónoma y que competía con los ladinos de la localidad por el control del gobierno municipal, conflicto que culminó en enero de 1932.¹²⁷

3) *Condicionantes situacionales o coyunturales y desencadenantes (1929-1932)*. Para Brignoli, la crisis económica de 1929 agudizó el conflicto entre terratenientes, peones y campesinos que ya estaba presente desde la década del veinte. Al mismo tiempo, la insurrección fue precedida por un periodo relativamente largo de agitación política: una campaña presidencial en marzo de 1931, el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1931, elecciones municipales y un fraude electoral en las primeras semanas de enero de 1932.

Alvarenga indica que una de las causas de la rebelión se encuentra en el desplazamiento de los indígenas por parte de los ladinos en el ejercicio del poder local entre los años de 1927 y 1931. También se da un proceso de radicalización en la zona occidental entre 1927 y 1932, la autora lo describe así: “la protesta rural nos muestra que el movimiento radical se extendió a velocidad vertiginosa en el occidente y que, por lo menos desde 1929 hasta el levantamiento del 32, los grupos subordinados del campo, especialmente los jornaleros, tuvieron un papel protagónico en las intensas luchas sociales de entonces. En este auge excepcional de los movimientos radicales en la historia de América Latina, la intelectualidad comunista citadina estableció un diálogo con los campesinos”.¹²⁸

Por su lado, Ching indica como causas situacionales la contracción económica y la reducción de salarios producto de la Gran Depresión de 1929. Así como el entorno de conflictos políticos locales/municipales con un trasfondo étnico. En este sentido, afirma que la rebelión fue ideada y organizada, más bien, por habitantes del occidente y, a pesar de la evidencia limitada, parece que una de las fuerzas principales que la impulsó fue el conflicto de origen étnico, en torno al gobierno municipal.

Para Lauria y Gould, los factores situacionales que provocaron la rebelión fueron: el conflicto de clases en el campo –la explosión de huelgas y protestas entre diciembre de 1931 y enero de 1932 y su violenta

represión—, algún enfado por el derrocamiento de Araujo después del golpe de Estado de diciembre de 1931 y la indignación política por el fraude electoral de enero de 1932.

5.4.4 Práctica y agenda historiográfica

En cuanto al horizonte teórico y metodológico, se puede considerar que no priva una teoría y metodología historiográfica particular. Brignoli y Ching, aplican un análisis comparativo entre los movimientos indígenas tradicionales (coloniales) y la rebelión de 1932. También se puede determinar que el análisis histórico de Brignoli se le puede encasillar de braudeliano estructuralista. Por su lado, Alvarenga, Gould y Lauria declaran su deuda teórica con autores como Antonio Gramsci y sus aportes al estudio de las relaciones de poder; de Raymond Williams, retoman su perspectiva “marxista culturalista”, sobre todo la tesis de que la cultura popular es el resultado de un proceso de interacción entre la cultura dominante y las subalternas. Del francés Michel Foucault retoma Alvarenga su contribución al estudio de la dominación desde la perspectiva de la complejidad y dinámica de las relaciones de poder (su descentralización) y de la dispersión de sus fuentes. De los postmarxistas, Ernesto Laclau y Chantall Mouffe, la idea de que la interacción entre los diferentes sectores subordinados puede contribuir a la construcción de un proyecto popular hegemónico o de una cultura contrahegemónica.¹²⁹ Del mismo modo, Alvarenga, Gould y Lauria están influenciados por los trabajos de la corriente historiográfica de los “Estudios Subalternos” entre cuyos abanderados están: Ranajit Guha, Partha Chatterjee, Florencia Mallon, etc.¹³⁰

En cuanto a los temas más estudiados se pueden mencionar: la rebelión como tal, la represión (las masacres en contra de los insurgentes), la acción del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), el gobierno de Romero Bosque y su apertura democrática, el conflicto político por el poder local (municipal), la radicalización del movimiento obrero entre 1929 y 1931, la participación indígena y conflicto étnico entre ladinos-indígenas (el racismo), el nacionalismo y anticomunismo, análisis historiográficos de la insurrección, Roque Dalton y la historiografía literaria sobre 1932, la memoria histórica del levantamiento, etc.

Al revisar la bibliografía producida en este último periodo, pero principalmente entre el 2001 y 2011, es fácil concluir que se origina un «boom historiográfico». ¿Cuál es el motivo de este súbito incremento de trabajos acerca del movimiento revolucionario de inicios de los años

treinta? Según Erick Ching, el motivo sería que los académicos tienen acceso sin precedente a nuevas fuentes de evidencia histórica. Hasta antes de los años noventa la ausencia de fuentes primarias impedía su estudio, los archivos nacionales carecían de una organización mínima y los archivos extranjeros (específicamente los archivos rusos) no estaban disponibles a la comunidad de investigadores. A esto se le puede agregar el nuevo escenario histórico que vive el país luego del derrumbe del bloque socialista en 1989, así como el fin de la guerra civil y la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador en 1992.

Entre 2001 al 2011, el tema de 1932 ha tenido un repunte inusitado desde la producción de obras colectivas (compilaciones) y trabajos individuales como: *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932* de Erick Ching, Virginia Tilley y Carlos López (2007); *Del dictado, Miguel Mármol, Roque Dalton y 1932, del cuaderno (1966) a la "novela verdad" (1972)* del historiógrafo literario Rafael Lara Martínez (2007); *1932: Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador* de Jeffrey Gould y Aldo Lauria Santiago (2008); *Balsamera bajo la guerra fría. El Salvador 1932. Historia intelectual de un etnocidio* de Rafael Lara Martínez (2009) y la más reciente publicación, *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica* de Erick Ching, Héctor Lindo y Rafael Lara Martínez (2010).

La publicación colectiva de Ching, Tilley y López, es una recopilación de trabajos que previamente habían sido divulgados por cada uno de los autores, ya sea como ponencias, artículos de revistas, como parte de compilaciones grupales o ediciones personales.¹³¹ Similar situación presenta el compendio de Ching, Lara y Lindo.

Entre otra bibliografía reciente, relacionada al tema se encuentra: Chester Urbina Gaitán, "*La matanza de 1932 en El Salvador, anticomunismo y democracia en Costa Rica*" (2010)¹³²; Pablo Benítez, "*El Salvador 1932: los cofrades insurrectos*" (2011).¹³³ Así como: "*¿Rebelión comunista, indígena o subalterna? Estudio historiográfico de los sucesos de 1932 en El Salvador*" (2011).¹³⁴

Para la elaboración de sus respectivas obras historiográficas los autores se han valido de una variedad de fuentes primarias como: documentación interna del PCS y del SRI resguardos en los archivos rusos de Moscú; también de los informes diplomáticos de extranjeros, el acervo documental del archivo municipal de Sonsonate, la documentación del Archivo

General de la Nación (AGN), algunas fuentes orales, los periódicos nacionales y extranjeros de la época, los manuscritos originales de las obras de Roque Dalton entre otros. Asimismo, se han usado los libros de Joaquín Méndez, Jorge Schlesinger, el testimonio oral de Miguel Mármol y Reynaldo Galindo Pohl, etc. También se evidencia una diversidad de fuentes secundarias, bibliografía temática y complementaria que aborda la rebelión de 1932. Resulta un tanto deducible que cada investigador efectuó una relectura de las fuentes primarias y secundarias usadas por los diferentes estudiosos del tema.

Conclusiones

En el presente, la historiografía diletante y positivista pese a que se mantiene vigente en el país, ha ido cediendo terreno ante los estudios de la nueva historiografía profesional. Entre los decenios de 1991 a 2011, la producción bibliográfica de la rebelión, si se le compara con los otros periodos, ha sido más abundante y especializada debido a que existe una comunidad de historiadores nacionales y extranjeros que estudian el pasado salvadoreño como proyecto académico. La historiografía del levantamiento, en sus últimas producciones se distingue por los siguientes aspectos: variedad temática, acompañada igualmente de una diversidad de métodos, teorías y fuentes.

La historiografía tradicional de la insurrección que cronológicamente se le podría acomodar entre 1932 y 1990, proponía dos distintas movilizaciones: una “comunista” y otra “indígena”. La primera interpretación, ya sea desde la versión oficial gubernamental (anticomunista) o la de izquierda (pro comunista) presentaban a los indígenas y campesinos como manipulados por los dirigentes comunistas sin algún margen o capacidad de autosuficiencia política. De manera parecida y desde versiones contrarias, los dos bandos políticos coincidían en la exposición de la “causalidad comunista” y del «agente provocador» ya sea culpando o exaltando al Partido Comunista Salvadoreño (PCS), al Socorro Rojo Internacional (SRI) y los dirigentes (Farabundo Martí y otros). La segunda interpretación enfatiza la participación indígena como un movimiento autónomo y cerrado impulsado por sus propios intereses políticos, económicos y socioculturales.

La nueva historiografía profesional, no rechaza el planteamiento de un movimiento indígena independiente. Por ejemplo, Pérez Brignoli, Erick Ching y Rafael Lara, se les puede ubicar dentro de los autores

que proponen una insurrección genuinamente indígena. En el caso de Alvarenga, Gould y Lauria desde su modelo explicativo no niegan ambas movilizaciones, la indígena de procedencia rural y la comunista de origen urbana, por el contrario proponen una “alianza política” que se expresó como una movilización o protesta de grupos subalternos.

Estos autores ponen en condiciones similares a los heterogéneos grupos sociales que participaron en la rebelión: indígenas, campesinos ladinos y comunistas. Asignándoles de alguna manera, el mismo grado de participación, protagonismo y autosuficiencia política. Este planteamiento se le puede emparentar con la visión de la «historia desde abajo» y con los mismos «estudios subalternos».

La rebelión de principios de los años treinta sigue atrayendo a propios y extraños, el reciente «boom historiográfico» es una constatación de esa situación. Se podría pensar que el tema ya está suficientemente trabajado y agotado, no habría más que indagar. Esto es una verdad a medias, ya que hay temas que han tenido más atención que otros, lo que se puede sugerir para futuros estudios es lo siguiente: 1) se podría profundizar y reinterpretar algunos de los temas menos estudiados, siempre y cuando se disponga de nuevas fuentes primarias o se puede hacer una relectura de las fuentes usadas por otros investigadores;¹³⁵ 2) se puede indagar estudios temáticos puntuales y explorar en lo posible temas colaterales;¹³⁶ 3) sería deseable que en un futuro cercano, los “archivos policiales y militares” puedan estar al acceso de los investigadores profesionales lo que posibilitaría explorar nuevas fuentes primarias y complementarias, esto permitiría analizar el movimiento insurreccional de 1932, desde la experiencia y perspectiva del estamento militar.

Bibliografía

1. Alvarenga Venutolo, Patricia. (1994). “La expansión cafetalera en El Salvador. Un análisis de la bibliografía existente”. En: *Historia*, San José, Costa Rica: N° 30, julio-diciembre de 1994, pp. 255-266.
2. Alvarenga Venutolo, Patricia. (2006). *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.

3. Aguirre Rojas, Carlos Antonio. (2001). *El 'largo siglo XX' de la historiografía Latinoamericana contemporánea: 1870-¿2025? Puntos de partida para su reconstrucción*. Ponencia presentada al III Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas (ADHILAC). Realizado en la ciudad de Pontevedra, Galicia, España entre el 22 y 26 de octubre, 2001.
4. Aguirre Rojas, Carlos Antonio. (2004). *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* España: Ediciones de Intervención Cultural.
5. Aguirre Rojas, Carlos Antonio. (2006). *Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual*. México: Editorial Contrahistorias.
6. Anderson, Thomas. (2001). *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.

*Publicado originalmente como: *La Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971.
7. Arias Gómez, Jorge. (1971). "Agustín Farabundo Martí" En: *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 96, N° 4, 1971, pp. 181-240.
8. Arias Gómez, Jorge. (1996). *Farabundo Martí*. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA).
9. Benítez, Pablo. (2011). "El Salvador, 1932: Los cofrades insurrectos. Herencia corporativa colonial en la sociedad salvadoreña". En: *Cultura*, San Salvador: N° 105, enero-marzo de 2011.
10. Bellver Amará, Fernando. (2001). *El tiempo en la historia. Una metodología dinámica y activa en la ESO*. Zaragoza, España: Editorial Luis Vives.
11. Browning, David. (1975). *El Salvador. La tierra y el hombre*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación.

12. Bustamante Maceo, Gregorio. (1951). *Historia militar de El Salvador*. San Salvador: Imprenta Nacional.
13. Buezo, Rodolfo (Abel Cuenca). (1944). *Sangre de Hermanos*. Habana: Editorial Universal.
14. Calderón, José Tomás. (1942). *Anhelos de un ciudadano*. San Salvador: Tipografía La Unión.
15. Candelario, Sheila. (2002). "Patología de una insurrección: La prensa y la Matanza de 1932". En: *Istmo: Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, N° 3, enero-junio de 2002.
16. Candelario, Sheila. (2002). "Patología de una insurrección: La prensa y la Matanza de 1932". En: *Cultura*, San Salvador: N° 86, 2002.
17. Castro Canizales, Joaquín. (1952). "Acontecimientos de enero de 1932". En: Periódico *Tribuna Libre*: San Salvador: 23 de enero de 1952.
18. Cuenca, Abel. (1962). *El Salvador; una democracia cafetalera*. México: Ala Revolucionaria Radical (ARR).
19. Ching, Erik. (1999). "Los elementos del desastre. El Partido Comunista Salvadoreño en la insurrección de 1932". En: *Memoria*, México: N° 121, marzo de 1999, pp. 33- 40.
20. Ching, Erik; Tilley, Virginia y López, Carlos. (2007). *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
21. Ching, Erik. (2011). "El levantamiento de 1932". En: Varios Autores. *El Salvador: Historia Mínima*. San Salvador: Editorial Universitaria, Secretaría de Cultura de la Presidencia de la República (Colección Bicentenario 2011), 1ª edición, septiembre de 2011.
22. Córdova, Enrique. (1993). *Miradas retrospectivas*. San Salvador, El Salvador: Imprenta y Offset Ricaldone.

23. Dalton, Roque. (1972). “Miguel Mármol: El Salvador 1930-32”. En: *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 97, N° 2, 1972, pp. 35-114.
24. Dalton, Roque. (1997). *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.
25. Fernández Anaya, Jorge. (1985). “La fundación del Partido Comunista de El Salvador”. En: Revista *Memoria*, Revista de Política y Cultura, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México: N° 10, mayo-junio de 1985.
26. Figueroa Ibarra, Carlos. (1989). “Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los veinte”. En: *Memoria*, Revista de Política y Cultura, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México: N° 27, julio-agosto de 1989.
27. Figueroa Ibarra, Carlos. (1990). “El «bolchevique mexicano» de la Centroamérica de los veinte. Entrevista a Jorge Fernández Anaya”. En: *Memoria*, Revista de Política y Cultura, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México: N° 31, septiembre de 1990.
28. Figueroa Monge, Raimundo y Vásquez, Ignacio. (1971). *Apología de un hombre: General Maximiliano Hernández Martínez*. San Salvador: [s. n.].
29. Funes, Marchelly y Gutiérrez, Silvia. (2008). “El conocimiento y la investigación histórica en El Salvador. Entrevista con Sajid Herrera”. En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador: N° 713-714, marzo-abril de 2008.
30. Galindo Pohl, Reynaldo. (2001). *Recuerdos de Sonsonate: Crónica del 32*. San Salvador.
31. González, Vinicio. (1978). “La insurrección salvadoreña de 1932 y la gran huelga hondureña de 1954”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, México: Vol. 40, N° 2, abril-junio de 1978.

32. Gould, Jeffrey y Lauria, Aldo. (2005). “«Nos llaman ladrones y se roban nuestro salario»: hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931”. En: *Revista Historia*, San José, Costa Rica: N° 51-52, enero-diciembre 2005. pp. 287-355.
33. Gould, Jeffrey y Lauria, Aldo. (2008). *1932: Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador*. San Salvador: Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen.
- *Publicado originalmente en inglés como: *To Rise in Darkness: Revolution, Repression and Memory in El Salvador, 1920-1932*. Durham: Duke University Press, 2008.
34. Guha, Ranahit. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
35. Güidos Véjar, Rafael. (1982). *Ascenso del militarismo en El Salvador*. San José, Costa Rica: EDUCA.
36. Grieb, Kenneth. (1978). “Los Estados Unidos y el ascenso del general Maximiliano Hernández Martínez”. En: Rafael Menjívar y Rafael Güidos Véjar (compiladores). *El Salvador de 1840 a 1935. Estudiado y analizado por extranjeros*. San Salvador: UCA Editores, 1978.
- *Publicación original: “The U. S. and The Rise of Maximiliano Hernández Martínez”. In: *Journal of Latin American Studies*, 3:2, 1970.
37. Herrera Montero, Bernal. (2010). “Estudios subalternos en América Latina”. En: *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*, Costa Rica: Vol. 10, N° 2, agosto 2009-febrero 2010, pp. 109-121.
38. Ibarra, Miguel Ángel. (1947). *Cafetos en flor*. México: [s. d.].
39. Iraheta Rosales, Gerardo, López, Vilma Dolores y Escobar, María del Carmen. (1971). “La crisis de 1929 y sus consecuencias en los años posteriores”. En: *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: N° 6, noviembre-diciembre de 1971, pp. 21-74.

40. Krehm, William. (1957). *Democracias y tiranías en el Caribe*. Argentina: Editorial Parnaso.
41. Laclau, Ernesto. (2006). “Ideología y posmarxismo”. En: *Anales de la Educación Común*, Buenos Aires, Argentina: Tercer siglo, Año 2, N° 4, agosto 2006.
42. La Prensa Gráfica. (1994). *Libro de Diamante (1915-1990)*. Tomo I. San Salvador: Gráficos y Textos, 1994.
43. Lauria, Aldo. (2000). “Comentario del libro: William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach (Ed.). *Café, sociedad y poder en América Latina*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995”. En: *Revista de Historia*, Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), Costa Rica: N° 41, 2000.
44. Lara Martínez, Rafael. (1987). “Del 32 como mito o la visión del vencido”. En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador: N° 463-464, mayo-junio de 1987, pp. 323-335.
45. Lara Martínez, Rafael. (2005). “Indigenismo y encubrimiento testimonial. El 32 según ‘Miguel Mármol. Manuscrito. 37 páginas’ de Roque Dalton”. En: *Istmo: Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, N° 11, julio-diciembre 2005.
46. Lara Martínez, Rafael. (2005). “Gilberto González y Contreras. 1932: ausencia de Farabundo Martí”. En: *El Ojo de Adrián, Arte-Literatura-Centroamérica*: 15/Diciembre/2005. Disponible en línea: <http://elojodeadrian.blogspot.com/2005/12/gilberto-gonzalez-y-contreras.html> (fecha de consulta: 7 de abril de 2014).
47. Lara Martínez, Rafael. (2007). *Del dictado, Miguel Mármol, Roque Dalton y 1932, del cuaderno (1966) a la “novela verdad” (1972)*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco.
48. Lara Martínez, Rafael. (2009). *Balsamera bajo la guerra fría. El Salvador 1932. Historia intelectual de un etnocidio*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco.

49. Lindo Fuentes, Héctor. (2004). "Políticas de la memoria: El levantamiento de 1932 en El Salvador". En: *Historia*, San José, Costa Rica: N° 49-50, enero-diciembre 2004, pp. 287-316.
50. Lindo Fuentes, Héctor; Ching, Erick y Lara Martínez, Rafael. (2010). *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador, El Salvador: Imprenta Ricaldone, FLACSO Programa El Salvador, [Traducción: Knut Walter], 1ª edición, 2010.
51. López Bernal, Carlos Gregorio. (2002). "Indígenas, comunismo y nacionalismo: secuelas del levantamiento de 1932". En: *Anuario de Investigaciones*, Universidad "José Matías Delgado", San Salvador: Separata de Investigaciones 2, 2002, pp. 35-68.
52. López Rodríguez, Francesc (coord.). (2002). *Las ciencias sociales: concepciones y procedimientos*. Caracas, Venezuela: Editorial Laboratorio Educativo.
53. López Vallecillos, Ítalo. (1976). "La insurrección popular campesina de 1932". En: *ABRA*, Revista del Departamento de Letras de la Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador: Año 2, N° 13, 1976.
54. Luna, David Alejandro. (1963). "La insurrección de 1932". En: *Periódico Tribuna Libre*, San Salvador: 12-13, 16-20 y 23 de diciembre 1963.
55. Luna, David Alejandro. (1964). *El proceso político Centroamericano. Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria.
56. Luna, David Alejandro. (1965). "Algunas facetas sociales en la vida de Agustín Farabundo Martí". En: *Revista Salvadoreña de Ciencias Sociales*, Facultad de Humanidades, Universidad de El Salvador, San Salvador: N° 1, 1965.
57. Luna, David Alejandro. (1969). "Análisis de una dictadura fascista Latinoamericana. Maximiliano Hernández Martínez 1931-1944". En: *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 94, N° 5, septiembre-octubre 1969, pp. 39-130.

58. Mallon, Florencia. (2001). "Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: Perspectivas a partir de la historia latinoamericana". En: Ileana Rodríguez. *Convergencia de Tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad*. Ámsterdam: Rodopi, 2001.
59. Marroquín, Alejandro Dagoberto. (1959). "La dicotomía ladino-indígena en Panchimalco". En: *Humanidades*, Revista de la Facultad de Humanidades, Universidad de El Salvador, San Salvador: N° 4, enero-marzo de 1959.
60. Marroquín, Alejandro Dagoberto. (1979). "Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador". En: José Humberto Velásquez (Ed.). *Temas Sociales. Alejandro Dagoberto Marroquín*. San Salvador: Ediciones e Impresiones, 1979.
61. Marroquín rojas, Clemente. (1977). *Memorias de Jalapa o recuerdos de un remichero*. Guatemala: Editorial del Ejército.
62. Méndez, Joaquín. (1932). *Los sucesos comunistas en El Salvador*. San Salvador, El Salvador: Imprenta Fúnes & Ungo.
63. Montes, Segundo. (1979). *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
64. Montes, Segundo. (1988). "Levantamientos campesinos en El Salvador". En: *Realidad Económico-Social*, Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador: N° 1, 1988, pp. 79-100.
65. Montes, Segundo. (1993). "Levantamientos campesinos en El Salvador". En: Segundo Montes, Zoila de Innocenti y Álvaro Artiga-González (compiladores). *Sociología Latinoamericana (Sociología II)*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1993.
66. Muñoz Guillén, Mercedes. (2003). "Rumbos de la historia política. Una década de análisis historiográfico". En: Iván Molina Jiménez, Francisco Enríquez Solano y José Manuel Cerdas Albertazzi (ed.). *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense (1992-2002)*. Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1ª edición, 2003.

67. Pérez Brignoli, Héctor. (2001). “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”. En: Thomas Anderson. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pp. 17-54.

*La publicación original fue: “Indios, comunistas y campesinos: La rebelión de 1932 en El Salvador”. En: *Cuadernos Agrarios*, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Heredia (UNA), Costa Rica: N° 5, 1991.

*También se publicó como “Indios, comunistas y campesinos: La rebelión de 1932 en El Salvador”. En: William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach (Ed.). *Café, sociedad y poder en América Latina*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.

68. Ríos Saloma, Martín F. (2009). “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”. En: *Revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Universidad Nacional Autónoma de México: N° 37, enero-junio de 2009, pp. 97-137.

69. Sáenz, Vicente. (1933). *Rompiendo Cadenas: Las del imperialismo norteamericano en Centro América*. México: CIADE.

70. Silva, Margarita y Viegas, Fina. (s.f). “Balance de la historiografía salvadoreña”. En: *Repositorio*, Revista del Archivo General de la Nación (AGN). En línea: www.agn.gov.sv

71. Schlesinger, Alfredo. (1932). *La verdad sobre el comunismo. Contribución a la defensa social*. Guatemala: El Liberal Progresista.

72. Schlesinger, Jorge. (1946). *Revolución comunista. Guatemala en peligro...?* Guatemala: Editorial Unión Tipográfica Castañeda/Ávila y Cía.

73. Suárez González de Araujo, Laura. (2008). “Identidad, diferencia y ciudadanía. Una aproximación desde Chantal Mouffe”. En: *Revista de Filosofía Bajo Palabra*, II Época, N° 3, 2008.

74. Taracena Arriola, Arturo. (1989). “El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1932). Diez años de una historia olvidada”. En: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, UCR, Costa Rica: 15(1), 1989.
75. Taracena Arriola, Arturo. (1990). “Un salvadoreño en la historia de Guatemala. Entrevista con Miguel Ángel Vásquez Eguizábal”. En: *Memoria*, Revista de Política y Cultura, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México: N° 29, enero de 1990.
76. Urbina Gaitán, Chester. (2010). “La matanza de 1932 en El Salvador, anticomunismo y democracia en Costa Rica”. En: *Revista Ciencias Sociales*, Costa Rica: N° 128-129, 2010 (II-III), pp. 159-166.
77. Vásquez Olivera, Mario. (2003). “País mío no existes’. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía en El Salvador”. En: *Humanidades*, Universidad de El Salvador: IV Época, N° 2, enero-febrero-marzo de 2003, pp. 88-102.
78. Vásquez Ruiz, Rolando. (2011). “Rebelión indígena o comunista? Aproximación historiográfica a los sucesos del 32”. En: Carlos Gregorio López Bernal (Compilador). *Poder, actores sociales y conflictividad. El Salvador, 1786-1972*. San Salvador: Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, Secretaría de Cultura de la Presidencia (SECULTURA), Colección Cultura y Sociedad, 1ª edición, 2011.
79. Vásquez Ruiz, Rolando. (2011). “¿Rebelión comunista, indígena o subalterna? Estudio historiográfico de los sucesos de 1932 en El Salvador”. En: Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila (coord.). *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo*. España: Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 1ª edición, 2011
80. Walter, Knut. (2004). “La historia en El Salvador a comienzos del siglo XXI”. En: *Humanidades*, Universidad de El Salvador: IV Época, N° 4, 2004, pp. 89-95.

Notas:

1 El presente escrito es una revisión ampliada del artículo: “¿Rebelión comunista, indígena o subalterna? Estudio historiográfico de los sucesos de 1932 en El Salvador”. Publicado originalmente en: Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila (coord.). *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo*. España: Universidad de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, 2011, pp. 153-175.

2 Investigador Social

3 Historia de la historiografía: es la rama de la historia que se encarga de estudiar, analizar y reconstruir las múltiples tradiciones intelectuales, junto a los debates, teorías, conceptos, paradigmas y modelos utilizados por los distintos historiadores en el ejercicio cotidiano de su oficio. Citado en Carlos Antonio Aguirre Rojas. *Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual*. México: Editorial Contrahistorias, 1ª edición (en español), julio de 2006, pág. 11.

4 Según los historiadores Aldo Lauria y Jeffrey Gould, en la producción bibliográfica del tema son cuatro las tesis predominantes sobre la interpretación del movimiento y la masacre de 1932. “La primera tesis interpretativa se centra en las causas estructurales de la revuelta; la segunda tesis de importancia se enfoca en el aspecto político; el papel del Partido Comunista Salvadoreño representa la tercera área de investigación; y la cuarta tesis interpretativa, el contenido étnico de la revuelta, se relaciona con la tercera, en el sentido de que algunos eruditos subrayan el distanciamiento del PCS de los problemas y la cultura de las comunidades indígenas. Véase su artículo: “«Nos llaman ladrones y se roban nuestro salario»: hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931”. En: *Revista Historia*, San José, Costa Rica: N° 51-52, enero-diciembre 2005, pp.289-290.

5 Para los lectores que resulten interesados en los estudios historiográficos, se sugieren las siguientes pautas que la metodología de investigación historiográfica aconseja: 1) realizar la búsqueda y selección de la bibliografía relacionada al tema u objeto de estudio que nos interesa investigar; 2) para el análisis de las publicaciones se procede a hacer una selección de autores; en cada caso, las publicaciones se revisan prestando especial atención al tipo de fuentes utilizadas, privilegiando en la escogencia aquellas obras que evidencien mayor uso de fuentes primarias; 3) luego se intenta identificar y describir de manera breve, la estrategia metodológica, el enfoque y el marco teórico utilizado por el autor; 4) posteriormente se definen ejes temáticos con el propósito de clasificar los trabajos analizados en relación con ellos mismos, las obras seleccionadas se vinculan con ejes temáticos que han

despertado mayor interés, que han generado más debate y mayor número de publicaciones.

La metodología es descrita por Mercedes Muñoz Guillén en su artículo: “Rumbos de la historia política. Una década de análisis historiográfico”. En: Iván Molina Jiménez, Francisco Enríquez Solano y José Manuel Cerdas Albertazzi (editores). *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense (1992-2002)*. Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1ª edición, 2003.

6 El texto aparece como preámbulo a la reedición del libro de Thomas Anderson. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pp. 24-28.

La publicación original de Pérez Brignoli fue “Indios, comunistas y campesinos: La rebelión de 1932 en El Salvador”. En: William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach (eds.). *Café, sociedad y poder en América Latina*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.

7 El artículo forma parte del libro *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1ª edición, 2007, pp. 35-40.

8 En esta obra aparece uno de los análisis historiográficos más completos entorno a la rebelión de 1932, véase las páginas 22-31.

9 La noción alude al siguiente significado: “La memoria es la vida, siempre portada por grupos vivos y con este título, ella está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible de largas latencias y repentinas revitalizaciones [...]”. Citado en Martín F. Ríos Saloma. “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”. En: *Revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Universidad Nacional Autónoma de México: N° 37, enero-junio de 2009, pág. 130.

10 Thomas Anderson. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pág. 286.

11 Ídem.

12 Carlos Figueroa Ibarra. “Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los veinte”. En: *Memoria*, CEMOS, México: N° 27, julio de 1989, pág. 322.

13 Alfredo Schlesinger. *La verdad sobre el comunismo. Contribución a la defensa social*. Guatemala: El Liberal Progresista, 1ª edición, 1932, pág. 87.

14 La noticia periodística decía: “El Ministro doctor Miguel Ángel Araujo nos dijo, refiriéndose al caso del señor Alfredo Schlesinger, comerciante, economista, filósofo y escritor judío chapín, quien en tiempo pasado escribió mucho desde el «Diario Patria»; que dicho señor había pedido visa para Estados Unidos para editar un libro con los datos acerca de los sucesos comunistas en El Salvador en enero anterior. Se sabe que este señor hábilmente se hizo dar por el gobierno la documentación recopilada por la policía sobre esos acontecimientos y que prometió publicar un libro en inglés, con datos laudatorios para el gobierno. Sin embargo, juntamente con el periodista Clemente Marroquín Rojas, se fueron hacia Estados Unidos pero no publicaron nada. Se sabe también que esos documentos fueron vendidos por el mencionado Schlesinger a agentes rusos en Nueva York”. Citado en: La Prensa (La Prensa Gráfica: Miércoles, 13 de julio de 1932). *Libro de Diamante. 1915-1958*. Tomo I. San Salvador: Gráficos y Textos, octubre de 1994, pág. 218.

15 Este se defendía de los señalamientos y daba su respuesta en los siguientes términos: “Clemente Marroquín Rojas declara que él también se cree estafado por Schlesinger. Nunca creyó, dice, que Schlesinger llegara hasta el timo”. Citado en: La Prensa (La Prensa Gráfica: Jueves, 14 de julio de 1932). *Libro de Diamante. 1915-1958*. Tomo I. pág. 219.

16 Para una ampliación del asunto del reconocimiento internacional del gobierno de Martínez se sugiere la lectura de Kenneth Grieb. “Los Estados Unidos y el ascenso del general Maximiliano Hernández Martínez”. En: Rafael Menjívar y Rafael Güidos Véjar (compiladores). *El Salvador de 1840 a 1935. Estudiado y analizado por extranjeros*. San Salvador: UCA Editores, 1978.

17 Véase a Clemente Marroquín Rojas. *Memorias de Jalapa o recuerdos de un remichero*. Guatemala: Editorial del Ejército, 1977, pp. 381-383 y 416.

También manifiesta Marroquín Rojas que tuvieron la cooperación del escritor salvadoreño, Gilberto González y Contreras, quien se encargó de bosquejar algunos pasajes de la vida salvadoreña que eran desconocidos para los dos escritores guatemaltecos.

18 En el prólogo de Joaquín Méndez. *Los sucesos comunistas en El Salvador*. San Salvador, El Salvador: Imprenta Fúnes & Ungo, 1ª edición, 1932.

19 Véase La Prensa Gráfica. *Libro de Diamante (1915-1990)*. Tomo I. San Salvador: Gráficos y Textos, 1994, pp. 209-213.

20 En: *Revista Historia*, San José, Costa Rica: N° 49-50, enero-diciembre 2004, pp. 287-316.

21 Roque Dalton. *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 2ª edición, 1997, págs. 458.

22 Palabras expresadas en el editorial de Jorge Schlesinger. *Revolución comunista. Guatemala en peligro...?* Guatemala: Editorial Unión Tipográfica Castañeda/Ávila y Cía., 1ª edición, 1946.

23 El mismo Jorge Schlesinger, aclara en la introducción de su obra que recibió el material de Clemente Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger (presumiblemente su padre), pág. 4. Esta afirmación resulta fidedigna si se le da credibilidad a la noticia periodística donde se sostiene que el gobierno martinista le proporciono a Alfredo Schlesinger y Clemente Marroquín Rojas la documentación sobre los eventos de 1932. Véase *La Prensa Gráfica*: Miércoles, 13 de julio de 1932. En este sentido, se puede determinar que los materiales que se presentan como anexos en el libro de Jorge Schlesinger son verdaderos, y con la crítica y manejo pertinente se pueden usar como fuentes primarias.

24 Enrique Córdova candidato presidencial en 1931, rector de la Universidad Nacional en 1932 y funcionario gubernamental; relata un episodio personal que delata el uso de la difamación por parte de Martínez contra sus opositores políticos. Partiendo de ello, no resulta extraño que Martínez haya presentado a los comunistas como “chivos expiatorios” de los sucesos de 1932. Véase Enrique Córdova, *Miradas retrospectivas*. San Salvador, El Salvador: Imprenta y Offset Ricaldone, 1993, pp. 300-301.

25 Miguel Mármol se refiere a la campaña xenofóbica antisalvadoreña en Guatemala en los siguientes términos: “La campaña llegó a tomar un agudo carácter chovinista, antisalvadoreño, y en ella participaron inclusive dirigentes sindicales, confundidos por su bajo nivel político o comprados por la reacción. Llegó un momento en que el contenido de la campaña era tan absurdo que se decía públicamente que todos los vicios que afligían a Guatemala habían llegado de El Salvador. Para los dirigentes de esta campaña la prostitución en Guatemala era «salvadoreña», lo mismo que la vagancia, el robo, el alcoholismo, las chinches y las pulgas. Es difícil no amilanarse en circunstancias así y, sobre todo, no reaccionar con posiciones igualmente chovinistas. Se nos urgió por parte del ministerio de instrucción pública, que para evitar provocaciones extremas era mejor que clausuráramos la Escuela «Claridad», pero nosotros rechazamos aquella sugerencia. Algunas semanas más tarde, la escuela fue cerrada por la fuerza...”. Citado en Roque Dalton. *Miguel Mármol*, pág. 459.

26 Para un examen más detallado de las obras que abordan los sucesos de 1932, entre los años de 1932 y 1956, se sugiere revisar el balance historiográfico de Jeffrey Gould y Aldo Lauria en *Rebelión en la Oscuridad*, pág. 23.

27 Según aclara en nota al pie de página el historiador marxista, Jorge Arias Gómez (1923-1992), Rodolfo Buezo era el seudónimo de Abel Cuenca. Véase a Jorge Arias Gómez. *Farabundo Martí*. San José, Costa Rica: Editorial

Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1ª edición, 1996, pág. 273.

Asimismo, la nota número 10, al final del capítulo 9, en el libro de Thomas Anderson: *El Salvador, 1932*; da indicios para suponer que la obra de Rodolfo Buezo. *Sangre de Hermanos*, fue escrita por Abel Cuenca. La cita aludida es la siguiente: “Buezo, *Sangre de Hermanos*, pp. 97-102, ampliada y corregida en conversaciones de Abel Cuenca”, pág. 255.

28 Abel Cuenca (1909-197?) nació en el pueblo de Tacuba, Departamento de Ahuachapán, El Salvador en 1909. A muy temprana edad se fue a estudiar Leyes a la Universidad de San Carlos de Guatemala. Sus estudios los realizó entre 1927 a 1931. Al disolverse el Movimiento de Reforma Universitaria de Guatemala, Cuenca es expulsado y llega a El Salvador, donde tiene participación militante a sus 23 años en la insurrección campesina de 1932. El padre de este, don Leopoldo Cuenca, fue fusilado en el pueblo de Nahuizalco. Sus hermanos Alfonso y Leopoldo también fueron fusilados, el primero en Ashapuco y el segundo en Tacuba. La corona trágica se remató con un tercer hermano, Efraín, ahorcado en el campanario de la iglesia del pueblo natal de los Cuenca.

En 1937, Abel Cuenca ingresa por sus ideas políticas a la penitenciaría de Tegucigalpa, Honduras, lugar en el cual la dictadura de Carías Andino lo retiene por más de cinco años. A Guatemala regresa para prestar durante diez años (aproximadamente entre 1944-1954: gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz Guzmán), una militancia activa a la Revolución de Octubre, tan solo interrumpida cuando el gobierno de Guatemala lo envía como agregado de prensa a Costa Rica, cargo que renunció para dar su colaboración a las fuerzas que combatieron contra José Figueres y su Legión del Caribe en 1948. De nuevo en Guatemala, a la caída de Arbenz inicia un nuevo exilio hacia Chile, para volver a su tierra natal después de un exilio de 25 años, interrumpido brevemente en 1944. Su regreso a El Salvador se da en enero de 1957, años más tarde la dictadura de Lemus lo mandó a un nuevo exilio en agosto de 1960, logrando asilo territorial en México, donde residió en los años sesenta. La reseña biográfica ha sido tomada de: Abel Cuenca. *El Salvador, una Democracia Cafetalera*. México: Ala Revolucionaria Radical (ARR), Centro Editorial, 1ª edición, 1962, págs. 10-12.

También el historiador Anderson relata la participación política y tragedia familiar de los Cuenca durante los eventos de 1932. Véase a Thomas Anderson, *El Salvador, 1932: Los sucesos políticos*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pp. 242-244.

29 Según Héctor Lindo, “Queda claro que durante la época del reformismo militar [1948-1972] coexistieron varias versiones de 1932, no hubo una versión realmente hegemónica sancionada por el Estado. De acuerdo con quien fuera el autor, los eventos fueron ya sea bárbaros o necesarios, los

insurrectos fueron campesinos hambrientos de tierra, indígenas ignorantes o peones del comunismo internacional. Sin embargo, a finales del período comenzó a predominar la versión que sostenía que la lección de 1932 era que había que resistir de forma implacable cualquier indicio de avance del comunismo internacional. Esto nos lleva a preguntarnos la razón por la cual tomó tanto tiempo llegar a una versión hegemónica que manejara toda la élite. Mi hipótesis es que la historia de las masacres de 1932 era un estorbo para la élite, era incómoda para la narrativa del estado modernizante que se promovió a partir del golpe de estado de 1948”. En: “Políticas de la memoria...” (2004), pp. 304-305.

30 Para sustentar nuestra apreciación sugerimos la lectura atenta de los capítulos IV al XI del libro de Jorge Schlesinger *Revolución comunista...* (1946).

31 William Krehm. *Democracias y tiranías en el Caribe*. Argentina: Editorial Parnaso, 1957, pág. 32.

32 Joaquín Castro Canizales. “Acontecimientos de enero de 1932”. En: Periódico *Tribuna Libre*: San Salvador: 23 de enero de 1952, pág. 5.

33 Según declara el autor en el prólogo, su intención es exponer a los trabajadores salvadoreños y de América sobre la revolución de 1932. Aunque se puede deducir de sus mismas palabras, que su obra era una respuesta de un militante que vivió esos acontecimientos, un testimonio para contradecir las informaciones contenidas en los libros de Vicente Sáenz con *Rompiendo cadenas: Las del imperialismo norteamericano en Centro América*. México: CIADE, 1933; Rodolfo Buezo. *Sangre de Hermanos*. Habana: Editorial Universal, 1944. Y Jorge Schlesinger. *Revolución Comunista. ¿Guatemala en Peligro?* Guatemala: Unión Tipográfica Castañeda/Ávila, 1946.

La siguiente cita lo describe mejor: “Se han escrito tres libros que carecen de una verdadera información sobre los sucesos de esos días. Los autores de dichos libros estaban en la luna cuando se desarrolló nuestra revolución. Si estos señores hubieran investigado más a fondo los hechos, de un modo sincero y más honesto, sin balanceos ni servilismos lacayunos, tal vez sus libros merecerían algún crédito; pero han sido escritos con documentación falsa y, por lo tanto, nuestros camaradas deben estar alertas y no dejarse sorprender ni confundir con las provocaciones de esos libros. Si criticó eso es para poner en claro que la historia de la Revolución de nuestro país no está escrita y quien tendrá que escribirla es el Partido de vanguardia de los obreros y campesinos, por una comisión de hombres competentes que hayan participado en dichos acontecimientos o que se documenten en las verdaderas fuentes de dicho movimiento, sin más interés que servir a su pueblo y orientarlo...”. Véase a Miguel Ángel Ibarra. *Cafetos en Flor*. México: [s. d.], 1947, págs. IX-X (prólogo).

34 Para ampliar el asunto de la “novela verdad”, las fuentes usadas y la construcción de la obra daltoniana sobre Miguel Mármol y los sucesos de 1932, se sugiere leer el capítulo 4 de Rafael Lara-Martínez. “Dalton, Mármol y los cuadernos”. En: Héctor Lindo Fuentes, Erik Ching y Rafael Lara Martínez. *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador: FLACSO, 2010, pp. 165-211.

35 Héctor Pérez Brignoli. “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”. En: Thomas Anderson. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pp. 24-28.

36 Abel Cuenca, fue un comunista salvadoreño de la generación de 1930, como ya se dijo anteriormente su familia tuvo un papel protagónico en la revuelta popular de 1932, principalmente en la zona de Tacuba, Departamento de Ahuachapán. Era hermano de Max Ricardo Cuenca, que fue miembro del Comité Central del PCS en 1932, quién se opusiera tajantemente a la rebelión según lo recordaba el propio Miguel Mármol con las siguientes palabras: “Max Cuenca insistió en la suspensión de la insurrección: dijo que no era posible ir imbécilmente a un levantamiento armado acerca del cual el gobierno sabía prácticamente todo y frente al cual el ejército sólo estaba esperando el primer gesto nuestro para cerrar la trampa a sangre y fuego contra todo el movimiento revolucionario y democrático del país”. Citado en Roque Dalton. *Miguel Mármol*, pág. 251.

37 Amparo Casamaluha (1909-1971) era profesora, poetisa y discípula masferreriana, esposa de Alejandro Dagoberto Marroquín. En su novela autobiográfica, *El angosto sendero* (1971), describe las peripecias de su viaje y autoexilio político desde tierras salvadoreñas hasta México.

38 Para mayor información del legado académico e intelectual de Alejandro Dagoberto Marroquín a las ciencias sociales salvadoreñas se recomienda el “Número monográfico. Alejandro Dagoberto Marroquín”. En: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, Tercera Época, Año 2, N° 3, Junio de 2011. En línea: www.escuelacienciasocialesues.net

39 Abel Cuenca. *El Salvador, una democracia cafetalera*. México: Ala Revolucionaria Radical (ARR), Centro Editorial, 1ª edición, 1962, pp. 43-44.

40 Un antecedente de aplicación del materialismo histórico y dialéctico en la historiografía salvadoreña es el ensayo jurídico-sociológico del ex rector de la Universidad de El Salvador, Sarbelio Navarrete: *El Estado Centroamericano*. Tesis de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, Universidad de El Salvador, 1913. En ese ensayo, Navarrete realiza un análisis colateral usando la perspectiva materialista (marxista) alrededor de la independencia de Centroamérica.

41 El término de «historia de la historiografía» como ya se ha indicado previamente, es retomado del historiógrafo mexicano Carlos Aguirre Rojas, quien aboga por la aplicación de la visión braudeliana de la larga duración a los estudios historiográficos. Véase sus siguientes escritos: “El ‘largo siglo XX’ de la historiografía Latinoamericana contemporánea: 1870-¿2025? Puntos de partida para su reconstrucción”. Ponencia presentada al III Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas (ADHILAC). Realizado en la ciudad de Pontevedra, Galicia, España entre el 22 y 26 de octubre del 2001. Y del mismo autor: *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* España: Ediciones de Intervención Cultural, 2004.

42 Pérez Brignoli. “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”, pág. 25.

43 Por ejemplo Raimundo Figueroa Monge e Ignacio Vásquez. *Apología de un hombre: General Maximiliano Hernández Martínez*. [s. n.], 1971. Entre otras obras escritas por militares salvadoreños.

44 Consúltese su artículo de “Políticas de la memoria: El levantamiento de 1932 en El Salvador” (2004). Y los capítulos 5 y 6: “La política de la izquierda y los recuerdos de 1932” y “La política de la derecha y las memorias de 1932”. En: *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador, El Salvador: Imprenta Ricaldone, FLACSO Programa El Salvador, 1ª edición, 2010.

45 Cuenca, *Op. Cit.*, pág. 108.

46 David Luna. “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”. En: *El proceso político Centroamericano. Seminario de Historia Contemporánea de Centroamérica*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria, 1ª edición, 1964, págs. 105-106.

47 Roque Dalton. *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 2ª edición, 1997, pp. 291-296.

48 El libro de Anderson fue publicado originalmente en inglés como: *La Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971.

49 Anderson, *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. pág. 186.

50 Pérez Brignoli, “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”, pág. 25.

51 Cuenca. *El Salvador, una democracia cafetalera*. pp. 105-106.

52 Luna. “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”. pág. 61.

53 Alejandro D. Marroquín. “Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador”. En: José Humberto Velásquez (Editor). *Temas Sociales. Alejandro Dagoberto Marroquín*. San Salvador: Ediciones e Impresiones, 1979, pp. 66-68.

54 Schlesinger. *Revolución comunista...*, pág. 122.

55 Anderson. *El Salvador, 1932...*, pág. 188.

56 *Ibidem*, pág. 189.

57 Hilda Tísoc Lindley y Napoleón Conde Gaxiola. “Testimonio de Miguel Ángel Velasco: los virajes cominternistas y los expulsados”. En: *Pacarina del Sur*, Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano: Año 3, N° 10, enero-marzo de 2012. En línea: www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/406-testimonio-de-miguel-angel-velasco-los-virajes-cominternistas-y-los-expulsados (Fecha de consulta: 21 de julio de 2012).

58 Véase a Jorge Fernández Anaya. “La fundación del Partido Comunista de El Salvador”. En: *Memoria*, Revista de Política y Cultura, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México: N° 10, mayo-junio de 1985.

59 El informe elaborado por Jorge Fernández Anaya aparece como apéndice (Documento 5-1) en Héctor Lindo Fuentes, Erick Ching y Rafael Lara Martínez. *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador: Imprenta Ricaldone, FLACSO Programa El Salvador, [Traducción: Knut Walter], 1ª edición, 2010, pp. 305-311.

Miguel Ángel Vásquez fue un primigenio comunista salvadoreño, fundador del Partido Comunista de Guatemala en 1923, era el encargado de la sección guatemalteca del Socorro Rojo Internacional, exiliado por sus actividades políticas contra los Meléndez-Quiñónez, se radicó en Guatemala desde su juventud.

60 Miguel Ángel Ibarra. *Cafetos en Flor*. págs. 185-186.

61 A finales de 1932, la Comintern nombró una comisión investigadora para esclarecer los sucesos de enero de ese año. La comisión ad hoc generó una documentación de más de cien páginas, y contiene dos informes escritos por el “Camarada H” y el “Camarada Marochi”, que eran los seudónimos de dos miembros del Comité Central del PCS que sobrevivieron a las masacres. Es un tanto probable que esos seudónimos correspondan a Max Ricardo Cuenca y Moisés Castro y Morales respectivamente, ambos intelectuales fueron miembros del Comité Central del PCS como lo manifiesta el relato testimonial de Miguel Mármol. Véase el “Informe del PCS al Buró del Caribe” con fecha del 8 de octubre de 1932 en los Archivos Rusos de la Comintern. La licenciatura en historia de la Universidad de El Salvador posee una copia de esos archivos la que fue donada por el historiador Erik Ching.

62 El Dr. Max Ricardo Cuenca, químico, era uno de los dirigentes del movimiento revolucionario en San Salvador en 1932. Escapó a Honduras

luego de la masacre, y de allí viajó a la Unión Soviética, donde estudió durante tres años. Luego regresó a Honduras y, junto a su hermano Abel y otros comunistas salvadoreños, le ayudó a Jacobo Arbenz. Tras la caída de ese régimen se marchó a Chile, lugar donde se suicidó en 1965. Véase a Thomas Anderson. *El Salvador, 1932*, pág. 244.

63 Moisés Castro y Morales, José Luis Barrientos, Miguel Ángel Vásquez, Luis Felipe Recinos, Alonso Argueta y el mismo Farabundo Martí entre otros, fueron la primera generación de intelectuales comunistas salvadoreños radicados —muchos exiliados— en Guatemala en los años veinte. La mayoría de ellos fueron estudiantes de jurisprudencia en la Universidad de San Carlos de Guatemala. La memoria social histórica y la historiografía de la izquierda salvadoreña en términos generales ha sepultado en el olvido al colectivo de comunistas primigenios. En el caso de Moisés Castro y Morales, oriundo de Santa Ana, según el historiador guatemalteco Arturo Taracena Arriola: “llegó a Guatemala a principios de los 20, siendo un adolescente para estudiar la carrera de Leyes en la Universidad de San Carlos. En 1923 formó parte de la directiva de la revista *Studium*, y pasó a ser su director años más tarde. Es muy probable que haya sido uno de los fundadores del Partido Comunista de Guatemala (PCG) en 1923. Junto a su compatriota Agustín Farabundo Martí, tomó parte activa en la fundación del Partido Comunista de Centroamérica en 1925. Ese mismo año, desde las páginas de *Studium*, relanzó el debate sobre la autonomía universitaria lo que le valió la expulsión de Guatemala, como le había ocurrido a sus compatriotas Miguel Ángel Vásquez y José Luis Barrientos un año antes... Jugó un papel importante durante los acontecimientos de 1932 en El Salvador. Primero en la defensa de la tesis de la participación comunista en las elecciones municipales de enero y, luego, oponiéndose a la planificación de la insurrección dirigida por Martí...”. Citado en Arturo Taracena Arriola. “Un salvadoreño en la historia de Guatemala. Entrevista con Miguel Ángel Vásquez Eguizábal”. En: *Revista Memoria*, México: N° 29, enero de 1990, pp. 90-100.

64 Estos informes se encuentran en los Archivos de Moscú, material que el historiador Erik Ching ha usado para sus trabajos historiográficos. Se debe indicar que la interpretación de Ching se focaliza principalmente en la debilidad orgánica del PCS, para él, el PCS fue un actor de segunda importancia en 1932, porque tenía poca capacidad organizativa en la región occidental. Para constatar de mejor manera esta línea argumentativa desarrollada por Ching se recomienda leer su artículo: “Los elementos del desastre. El Partido Comunista Salvadoreño en la insurrección de 1932”. En: *Memoria*, México: N° 121, marzo de 1999, pp. 33- 40.

65 Dalton. *Miguel Mármol...* pp. 396-397. Según relata el mismo Miguel Mármol, su relación con algunos jóvenes intelectuales comunistas como Julio Fausto Fernández, Alejandro Dagoberto Marroquín y Amparo Casamalhuapa

entre otros; fue un tanto tirante y conflictiva durante los años en que estos personajes militaron en el PCS. Se puede deducir que existió una pugna entre el bando o generación de intelectuales comunistas que ingresaron al partido después de 1932, y algunos dirigentes obreros que sobrevivieron al movimiento insurreccional y la masacre de 1932. Para constatarlo se sugiere la lectura atenta del capítulo X del libro de Roque Dalton.

Otra fuente que delata esa lucha y conflicto de facciones dentro del PCS es el texto escrito por Miguel Mármol en 1948: *Breves notas históricas sobre el movimiento obrero en El Salvador*. Este documento se incluye como apéndice (Documento 5-6) en la obra colectiva *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. págs. 330-334.

66 Alejandro Dagoberto Marroquín (1911-1977), fue sin dudas uno de los principales intelectuales marxistas y científico social salvadoreño del siglo XX. Abogado de profesión, adquirió su formación antropológica en tierras mexicanas, incursionó de manera sobresaliente en los estudios históricos y la misma disciplina sociológica. En su faceta política fue militante del PCS entre los años de 1933 a 1948, al momento de su salida del PCS ocupaba el cargo de Secretario General. Para una mejor valoración de su legado académico en las Ciencias Sociales salvadoreñas se sugiere la revisión del “Número Monográfico. Alejandro Dagoberto Marroquín”. En: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, Tercera Época, Año 2, N° 3, Junio de 2011. En línea: www.escuelacienciasocialesues.net

67 Una de las fuentes primarias utilizadas por David Alejandro Luna, fue el testimonio personal del comunista mexicano Jorge Fernández Anaya y muy probablemente de otros comunistas salvadoreños que sobrevivieron a la masacre de 1932. Dada la línea argumentativa desarrollada por Luna, se puede suponer que sus otras fuentes de información oral fueron Moisés Castro y Morales, los hermanos Cuenca y Alejandro Dagoberto Marroquín.

68 Luna, “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”, pág. 54.

69 *Ibidem*, pp. 64 y 112-116.

70 Rafael Lara Martínez desarrolla detenidamente este debate en su obra: *Del dictado, Miguel Mármol, Roque Dalton y 1932, del cuaderno (1966) a la “novela verdad”*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universidad Don Bosco, 1ª edición, 2007.

71 Dalton, *Miguel Mármol*.... pp. 31-32.

72 *Ibidem*. pág. 323.

73 Véase a Roque Dalton, *Miguel Mármol*. pp. 245-252.

74 Kenneth J. Grieb. “The United States and the Rise of General Maximiliano Hernández Martínez”. In *Journal of Latin American Studies*, Vol. 3, 1971, pp. 151-172.

- 75 En: Revista *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 94, N° 5, septiembre-octubre 1969, pp. 39-130.
- 76 En: Revista *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 96, N° 4, 1971, pp. 181-240.
- 77 En: Revista *La Universidad*, Universidad de El Salvador: N° 4, julio-agosto de 1971 y *La Universidad*, N° 5, septiembre-octubre de 1971.
- 78 En: Revista *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: N° 6, noviembre-diciembre de 1971, pp. 21-74.
- 79 En: Revista *La Universidad*, Universidad de El Salvador, San Salvador: Año 97, N° 2, 1972, pp. 35-114.
- 80 Ana Lilian Ramírez Cruz y América Rodríguez Herrera. “Algunas reflexiones sobre el desarrollo de la antropología en El Salvador”. En: *Cuadernos de Antropología*, Costa Rica: N° 9, enero-junio de 1993.
- 81 Ver a Josep Picó. *Los años dorados de la sociología (1945-1975)*. Madrid, España: Alianza Editorial, 1ª edición, 2003.
- 82 Véase para el caso a Rolando Franco. *La FLACSO clásica (1957-1973): vicisitudes de las ciencias sociales Latinoamericanas*. Santiago: FLACSO-Chile/Editorial Catalonia, 1ª edición, 2007. Y Héctor Pérez Brignoli. *Los 50 [cincuenta] años de FLACSO: desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*. San José, Costa Rica: Editorial Juricentro, 1ª edición, 2008.
- 83 De hecho los primeros estudios históricos académicos nacionales tuvieron su antecedente inmediato con los trabajos de Rodolfo Cardenal, *El poder eclesiástico en El Salvador, 1871-1931* (1980); así como Héctor Lindo con *La economía de El Salvador en el siglo XIX* (1990); ambos historiadores vinculados a la universidad jesuita. Véase a Marchelly Funes y Silvia Gutiérrez. “El conocimiento y la investigación histórica en El Salvador. Entrevista con Sajid Herrera”. En: *Revista ECA*, N° 713-714, marzo-abril de 2008.
- 84 Para un panorama más detallado de la producción historiográfica en la década de los setenta y ochenta se recomienda la lectura del balance bibliográfico que aparece en la obra de Gould y Lauria, *1932: Rebelión en la oscuridad*.
- 85 Rafael Lara, “Del 32 como mito o la visión del vencido”. En: *Revista ECA*, N° 463-464, mayo-junio de 1987, pág. 327.
- 86 *Ibíd*em, pág. 329.
- 87 *Ibíd*em, pág. 331.
- 88 David Luna, “Un heroico y trágico suceso de nuestra historia”, pág. 53.

- 89 Segundo Montes, “Levantamientos campesinos en El Salvador”. En: *Revista Realidad Económico-Social*, Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA): N° 1, 1988.
- 90 Véase su artículo de la Revista Humanidades, N° 4, enero-marzo de 1959.
- 91 López Vallecillos, “La insurrección popular campesina de 1932”. En: *ABRA*, Revista del Departamento de Letras de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”: Año 2, N° 13, 1976, pág. 12.
- 92 Segundo Montes, *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1ª edición, 1979, pp. 181-182.
- 93 Rafael Güidos Vejar, *Ascenso del militarismo en El Salvador*. San José, Costa Rica: EDUCA, 2ª edición, 1982, pág. 136.
- 94 David Browning, *El Salvador. La tierra y el hombre*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1ª edición, 1975, pág. 441.
- 95 Browning, *Op. Cit.*, pág. 442.
- 96 Lara Martínez, “Del 32 como mito o la visión del vencido”, pág. 331.
- 97 Montes, *El compadrazgo...*, pp. 181-182.
- 98 Citado por Rafael Lara Martínez. “Gilberto González y Contreras. 1932: ausencia de Farabundo Martí”. En: *El Ojo de Adrián*, Arte-Literatura-Centroamérica: 15/Diciembre/2005. Disponible en línea: <http://elojodeadrian.blogspot.com/2005/12/gilberto-gonzalez-y-contreras.html> (fecha de consulta: 7 de abril de 2014).
- Gilberto González y Contreras, colaboro con Alfredo Schlesinger y Clemente Marroquín Rojas en la elaboración de un libro que trataba sobre los sucesos de 1932. Esto lo ratifica Marroquín Rojas en su libro: *Memorias de Jalapa o recuerdos de un remichero*. Guatemala: Editorial del Ejército, 1977, pág. 382.
- 99 Recinos fue expulsado hacia Guatemala a la edad de 17 años por sus ideas avanzadas, se instaló en la ciudad de Guatemala, donde publicó un pequeño periódico titulado “14 de julio”. Expulsado seguramente antes del triunfo unionista, se instaló en México, donde trabajó para el diario obrerista “Lucha”. El 1 de octubre de 1920 se encontraba entre los miembros fundadores del Comité de la Local Comunista de la ciudad de México y asistió como delegado fraternal de los obreros salvadoreños al congreso constituyente de la Confederación General de Trabajadores de México, el 15 de febrero de 1921. Citado en Arturo Taracena Arriola. “El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1932). Diez años de una historia olvidada”. En: Anuario de

Estudios Centroamericanos, UCR, Costa Rica: 15(1), 1989. pág. 51.

100 Thomas Anderson. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 3ª edición, 2001, pág. 245.

101 Citado en Documento 5-5: “Informe sobre El Salvador preparado por camaradas de Santa Ana, 1936”. En: Lindo Fuentes, Héctor; Ching, Erick y Lara Martínez, Rafael. *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador, El Salvador: Imprenta Ricaldone, FLACSO Programa El Salvador, [Traducción: Knut Walter], 1ª edición, 2010, pág. 328.

102 Véase para el caso a Paco Ignacio Taibo II. “El breve matrimonio rojo: comunistas y anarcosindicalistas en la CGT en 1921”. En: *Historias*, INAH-México: N° 7, octubre-noviembre de 1984, pág. 46. Y Gerardo Peláez Ramos. “Los años de formación del Partido Comunista en México (1919-1924)”. Disponible en línea: <http://apiavirtual.net/2012/01/28/los-anos-de-formacion-del-partido-comunista-en-mexico-1919-1924/> (fecha de consulta: 12 de enero de 2014).

103 Publicado originalmente en: *Cuadernos Agrarios*, Escuela de Historia, UNA-Costa Rica: N° 5, 1991.

104 Knut Walter, “La historia en El Salvador a comienzos del siglo XXI”. En: *Revista Humanidades*, San Salvador: IV Época, N° 4, 2004, pág. 92.

105 Héctor Pérez Brignoli, “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”, pág. 38.

106 Ídem.

107 Léase detenidamente las páginas 37 a la 39 del texto de Brignoli. Posiblemente su línea argumentativa está inspirada en la “rebelión primitiva” y “prepolítica” de la que habla Eric Hobsbawm en su obra *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Editorial Ariel, 1ª edición en Colección Ariel, julio de 1983. Se recomienda revisar el capítulo introductorio de las páginas 9 a 26 de Hobsbawm.

108 Ver a Erick Ching, Virginia Tilley y Carlos López. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 1ª edición, 2007.

109 Compárese las perspectivas de análisis y filiaciones teóricas de Alvarenga, Gould y Lauria con la corriente historiográfica de los Estudios Subalternos. Para ilustrarlo sugerimos los siguientes textos: Florencia Mallon. “Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: Perspectivas a partir de la historia latinoamericana”. En: Ileana Rodríguez. *Convergencia*

de Tiempos. *Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad*. Ámsterdam: Rodopi, 2001. También a Dipesh Chakrabarty. *Una pequeña historia de los Estudios Subalternos*. En línea: www.desclasificacion.org. Y Ranahit Guha. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, España: Editorial Crítica, 1ª edición en español, 2002

110 Severo Martínez Peláez. *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*. Puebla, México: Universidad Autónoma de Puebla, Cuadernos de la Casa Presno, 1986.

111 William Krehm, *Democracias y tiranías en el Caribe*. Argentina: Parnaso, 1957, pág. 32.

112 Ching, *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*, pág. 92.

113 Es válido hacer los siguientes comentarios a la interpretación de la rebelión como “motín indígena colonial” y a la visión esencialista que la concibe como una “rebelión indígena autónoma”. Primero, la historia registra algunos pasajes históricos donde dos grupos totalmente disimiles establecen una **“alianza política situacional”** inducidos por intereses políticos definidos, donde no los unifica una convicción ideológica común, ni la afinidad cultural o étnica. Como ejemplo, se pueden mencionar las alianzas políticas realizadas por los españoles y algunos grupos indígenas amerindios en el marco de la conquista del Nuevo Mundo (como fue el caso de los Tlaxcaltecas y otros grupos). Segundo, según el testimonio y memorias del comunista mexicano Jorge Fernández Anaya, cuando compara a los indígenas salvadoreños con los guatemaltecos; afirma que los primeros eran más receptivos al mensaje político de los revolucionarios salvadoreños en la zona occidental. Véase a Carlos Figueroa Ibarra. “Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los años veinte”. En: *Memoria*, México: N° 27, julio-agosto de 1989; y del mismo autor “El ‘bolchevique mexicano’ de la Centroamérica de los veinte”. En: *Memoria*, México: N° 31, septiembre-octubre de 1990. Tercero, la realidad social muchas veces resulta más compleja que los conceptos, categorías, teorías y marcos referenciales desde los que se intenta aprehenderla y explicarla de forma apriorística. Desde nuestro punto de vista personal, la rebelión salvadoreña de 1932, subvierte los conceptos *a priori* desde los que se le pretende estudiarla.

114 Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San Salvador, El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2ª edición, 2006, pág. 261.

115 Alvarenga, “La expansión cafetalera en El Salvador. Un análisis de la bibliografía existente”. En: *Revista de Historia*, San José, Costa Rica: N° 30,

julio-diciembre de 1994, pág. 262.

116 Gould y Lauria, *1932: Rebelión en la oscuridad...*, pág. 356.

117 *Ibidem*, pp. 356-357.

118 *Ibidem*, pp. 355-356.

119 *Ídem*.

120 Ching, *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*, pág. 36.

121 Para una comprensión de los orígenes de la «causalidad comunista» y de su predominio en la interpretación historiográfica sobre los sucesos de 1932. Se sugiere la lectura de la introducción del libro: *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*; obra colectiva cuya autoría pertenece a Héctor Lindo Fuentes, Erick Ching y Rafael Lara Martínez.

122 Ching, *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador...*, pág. 40. Asimismo, se sugiere la lectura del artículo donde Ching desarrolla ampliamente la línea argumentativa de la «debilidad del PCS»: “Los elementos del desastre. El Partido Comunista Salvadoreño en la insurrección de 1932”. En: Revista *Memoria*, México: N° 121, marzo de 1999, pp. 33- 40.

123 Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*, pp. 282 y 269.

124 Pérez Brignoli, “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”, pp. 28-35.

125 Citados en M. Antonia Loste. “El tiempo en la historia: una propuesta de actividades de aprendizaje para la enseñanza secundaria obligatoria”. En: Francesc López Rodríguez (coordinador). *Las ciencias sociales: concepciones y procedimientos*. Caracas, Venezuela: Editorial Laboratorio Educativo, 2002.

126 Citado en Fernando Bellver Amaré. *El tiempo en la historia. Una metodología dinámica y activa en la ESO*. Zaragoza, España: Editorial Luis Vives, 2001, pp. 25-26.

127 Ching en la obra, *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*; refiere los siguientes aspectos motivacionales: “La rebelión de 1932, fue el resultado de las presiones que la producción comercial del café impuso en las tierras altas del occidente y sus poblaciones campesinas. Los temas de tierras, la mano de obra, el poder político local, las fluctuaciones del mercado, el racismo y el militarismo se conjugaron en una situación sumamente volátil que eventualmente desembocó en una revuelta violenta”. pág. 44.

128 Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*, pág. 261.

129 Para una aproximación a los planteamientos de ambos autores se sugieren las lecturas que siguen: Ernesto Laclau “Ideología y posmarxismo”. En: Revista Anales de la educación común, Buenos Aires, Argentina: Tercer siglo, Año 2, N° 4, agosto de 2006. Henry Veltmeyer “El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau”. En línea: <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtVeltmeyer.pdf>. Laura Suárez González de Araujo “Identidad, diferencia y ciudadanía. Una aproximación desde Chantal Mouffe”. En: Revista de Filosofía Bajo Palabra, II Época, N° 3, 2008.

130 Para un panorama general de los “Estudios Subalternos” sugerimos las siguientes lecturas: Dipesh Chakrabarty *Una pequeña historia de los Estudios Subalternos*. En línea: www.desclasificacion.org; Florencia Mallon. “Promesa y dilema de los Estudios Subalternos: Perspectivas a partir de la historia latinoamericana”. En: Ileana Rodríguez. *Convergencia de Tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad*. Ámsterdam: Rodopi, 2001; Ranahit Guha. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, España: Editorial Crítica, 1ª edición en español, 2002. Y Bernal Herrera Montero. “Estudios subalternos en América Latina”. En: Diálogos, Revista Electrónica de Historia, Costa Rica: Vol. 10, N° 2, agosto 2009-febrero 2010, pp. 109-121.

131 Específicamente nos referimos a los siguientes textos: *Políticas de la memoria: El levantamiento de 1932 en El Salvador* de Héctor Lindo (2004). *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador. Ensayos sobre 1932*; publicación conjunta de Erick Ching, Virginia Tilley y Carlos López (2007). Y *Del dictado, Miguel Mármol, Roque Dalton y 1932, del cuaderno (1966) a la “novela verdad” (1972)* de Rafael Lara Martínez (2007).

132 En: *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica: N° 128-129, 2009-2010, pp. 159-166.

133 En: *Revista Cultura*, SECULTURA, El Salvador: N° 105, enero-marzo de 2011, pp. 187-204.

134 En: Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila (coord.). *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo*. España: Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Santiago de Compostela [promovido por Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas “Gumersindo Busto” e o Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos UES], 2011.

135 Sería interesante poder ubicar la siguiente fuente primaria que ningún investigador menciona en sus estudios relacionados con el movimiento insurreccional de 1932. Julio Contreras Castro, fue un militante laborista y

dirigente de mando medio dentro del Partido Laborista. En el fugaz gobierno de Arturo Araujo ocupó pequeños cargos gubernamentales, en su libro: *Estampas del viejo San Salvador*. San Salvador: Imprenta Cuscatlán, 2ª edición, 1978. Da su relato testimonial relacionado con el golpe de estado del 2 de diciembre de 1931 y la consecuente caída del ingeniero Arturo Araujo del solio presidencial. En dicho libro, Contreras Castro menciona que escribió un folleto relacionado con los inicios de la presidencia de Martínez y sobre la llamada “Revolución comunista”, como él lo deja entrever es muy probable que esos folletos los haya publicado en el Diario “El Mundo” en los primeros años de la década de los ochenta.

136 Ejemplos de estudios temáticos puntuales y colaterales son: Carlos Gregorio López, “Indígenas, comunismo y nacionalismo: secuelas del levantamiento de 1932” (2002); Sheila Candelario, “Patología de una insurrección: La Prensa y la Matanza de 1932” (2002); Héctor Lindo Fuentes, “Políticas de la memoria: El levantamiento de 1932 en El Salvador” (2004); Jeffrey Gould y Aldo Lauria Santiago, “«Nos llaman ladrones y se roban nuestro salario»: hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931” (2005); Rafael Lara Martínez, “Indigenismo y encubrimiento testimonial. El 32 según ‘Miguel Mármol. Manuscrito. 37 páginas’ de Roque Dalton” (2005); y del mismo autor, *Balsamera bajo la guerra fría. El Salvador 1932. Historia intelectual de un etnocidio* (2009). Así como Chester Urbina Gaitán, “La matanza de 1932 en El Salvador, anticomunismo y democracia en Costa Rica” (2010); Pablo Benítez, “El Salvador 1932: los cofrades insurrectos” (2011) y Rolando Vásquez Ruiz, “¿Rebelión comunista, indígena o subalterna? Estudio historiográfico de los sucesos de 1932 en El Salvador” (2011).